

ATAHUALPA.

TRAGEDIA PREMIADA POR LA VILLA DE MADRID,

Y UNA DE LAS QUE SE ESCRIBIERON CON MOTIVO DE LOS FESTEJOS PUBLICOS QUE EXECUTA POR EL FELIZ NACIMIENTO DE LOS SERENISIMOS INFANTES

CARLOS Y FELIPE,

Y AJUSTE DIFINITIVO DE LA PAZ.

SU AUTOR

D. CHRISTOVAL MARIA CORTÉS,

VECINO DE LA CIUDAD DE TUDELA.



MADRID. M. DCC. LXXXIV.

POR DON ANTONIO DE SANCHA.

Con las licencias necesarias.

Nostras quonian nova puppis arenas
venerat , audaces attuleratque viros.

OVID. HEROID.

PROLOGO.

EL argumento del Atahualpa está tomado de las historias nuestras, que refieren la conquista del Perú; y en especial de la escrita por el Inca-Garcilaso de la Vega, á quien he procurado seguir en todo lo substancial de los hechos, y principalmente en lo que toca à las costumbres de los Perúanos, sus leyes, é idolatría. El argumento á mi parecer es grande, interesante, y trágico; no tengo noticia que alguno le haya reducido hasta ahora, ni puesto en Drama: ojalá no haya sido singular en esta ocurrencia, porque dirigido por mano diestra, no dexaria de causar admiracion y gusto; y si no sucede, no será dificil conocer, que no ha dado causa la esterilidad de la materia. Me ha sido forzoso variar

algunas cosas, y añadir otras, asi por cumplir con las leyes del Teatro, como por darle movimiento al Drama: voy á referir en breve lo mas preciso.

Huáscar, segun Garcilaso, murió en Xauja, despues de haber visto à Hernando de Soto, y sus compañeros, quando iban al Cuzco para asegurarse, si el excesivo rescate, que Atahualpa prometia à Pizarro podia ser cumplido. Yo, conservando el decoro à nuestros gloriosos Conquistadores, ni hablo de rescate, ni pongo en boca motivo alguno, que pueda dar idea de la avaricia, de que se les tacha: por esto, y por conservar la unidad de lugar, hago venir à Huáscar à Casamarca, y muere en sus cercanias.

Atahualpa, segun el mismo Autor, fue muerto por los Españoles, despues de fulminarle proceso. Lejos de adaptar esta idea, la aparto quanto sea posible del pensamiento de Pizarro,

que habla á mi parecer como debe en la Escena 4. del Acto último. Ya acuerda la historia estas mismas reflexîones, que dicta la razon ; y aunque no tuvieron efecto, me ha parecido que la Tragedia podia admitir esta correccion en las circunstancias de la muerte, no faltando à la verdad del hecho. Nuestros Conquistadores deben ser de un carácter correspondiente á la grandeza de la accion, y qualquiera defecto sería borron, por mas que la historia le apoye; asi el unico motivo que de parte de estos aparece, es la defensa de un Rey oprimido, y el deseo de restablecerle en el Trono.

Quando la historia refiere la cruel matanza que hizo Atahualpa de todos los descendientes de la familia Real, dice, que se pudieron libertar de ella Mama-Varcay, muger de Huáscar, y Coya-Cuji-Varcay, su hija : nada mas dice: por tanto el carácter que les doy

es enteramente mio. He creido poderlo hacer, para darle juego, y movimiento al Drama: este carácter corresponde à la rectitud y bondad , con que Garcilaso pinta los legítimos descendientes de la familia de los Incas, y dá ocasion para que se dexe ver mas odioso el del tyrano Atahualpa. No sé si le habré pintado con exceso; pero un tyrano que destrona al legítimo , mata toda la familia Real, tiene la crueldad de que Huáscar viva tres años entre zozobras , viendo morir cada dia sus hijos y parientes, y al fin le hace morir con muerte tan cruel, como se refiere en la Escena 3. del último Acto , no creo que pueda ser pintado con colores demasiado vivos. Añadase la traycion intentada contra los Españoles, que aunque Garcilaso pretende escusarle en esta parte , era noticia comun, y muy verisímil en el genio de Atahualpa.

He puesto en cabeza de Quizquiz, Capitan de Atahualpa, el amor á Cuji: la historia no lo dice, bien que dá la idea, porque refiere que Felipillo, el intérprete que tenian los Españoles, se atrevió á pretender una Palla, ó muger del Rey, y que lo sintió muchisimo el Inca: bastante motivo, à mi ver, para introducirle, como lo hago.

La muerte de Quizquiz, executada por sus mismos Soldados, fue muy posterior; pero esta, y la de Chalcuchima debian entrar en la Tragedia, por aparecer en ella como principales executores de las maldades de Atahualpa, y el último como executor de la muerte de Huáscar, y pedir este grave delito, que se vea el castigo en la misma accion.

He procurado que los caractéres no se desmientan, y sigan hasta el fin del modo que empezaron. No he podi-

dido escusar el poner las predicciones de los Perúanos, asi por ser propias de su supersticion, como por la ventaja que ofrecen para la resolucion de los Españoles.

Aquel dispáro de cañones que pongo en la última Escena del segundo Acto al entrar los Españoles en Casamarca, podria parecer acomediado; pero como en el lugar en que pasa la accion, es cosa tan extraordinaria, y nueva, y dá motivo à conocer el efecto que causó en los Perúanos, me ha parecido, que no solo tenia disculpa, sino que podria ser preciso, especialmente no executandose en el mismo Teatro.

ARGUMENTO.

HUáyna-Capác, Duodecimo Emperador del Perú, dexó este Imperio à Huáscar-Inca su hijo legítimo, y de consentimiento de Huáscar dexó el Reyno de Quito à su hijo natural Atahualpa. Muerto Huáyna-Capác, mandó Huáscar à su hermano rendirle vasallage; de que ofendido éste, fingió querer obedecerle, y hallandole desprevenido, le asaltó, y prendió en el Cuzco, y para lograr con seguridad el Imperio, hizo matar quantos descendientes legítimos de los Incas pudo atraher con engaño à aquella Capital. Reservó à Huáscar-Inca, para que, viendo perecer toda la familia Real, padeciese muerte mas prolongada. Teniendole todavia preso, llegaron à Casamarca, donde estaba Atahualpa, los Conquistadores Españoles D. Francisco Pizarro, y D. Diego de Almagro: y temeroso Atahualpa de que sabedores del derecho legítimo restableciesen à Huáscar-Inca, le hizo matar al instante. Ofendidos los Españoles quisieron castigarle como usurpador y regicida, y aunque Atahualpa fingió haber sido la muerte de Huáscar sin orden ni noticia suya, y prometió grandes sumas por su libertad, perdió justamente el Imperio y la vida.

PERSONAS.

ATAHUALPA.......................... *Emperador del Perú.*

HUASCAR-INCA.................. *Emperador del Perú, destronado por Atahualpa.*

MAMA-VARCAY..................... *Muger de Huáscar.*

COYA-CUJI-VARCAY......... *Hija de Huáscar, y de Mama-Varcay.*

D. FRANCISCO PIZARRO......
D. DIEGO ALMAGRO.......... *Capitanes Españoles.*

QUIZQUIZ.........................
CHALCUCHIMA..................... *Capitanes de Atahualpa.*

SOLDADOS ESPAÑOLES, Y PERUANOS.

La Escena es en un salon del Palacio de Atahualpa en Casamarca.

ATA-

ATAHUALPA.

TRAGEDIA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Huascar, Quizquiz, Soldados Perúanos.

Huascar.

¿Tienen término ya las crueldades
del bastardo traydor y fementido?
¿Es Casamarca centro de la pena,
que Huáscar solicita como alivio?
¿Eres tú executor de esta violencia?
Habla: no temas: dime los designios
del bárbaro Atahualpa; y no receles
que me pueda coger desprevenido
el golpe mas violento y alevoso,
que nunca teme quien del Sol es hijo.

Quizquiz.

Las ordenes, Señor, que se me han dado
son las de acompañaros à este sitio
en que Atahualpa vive; sus intentos
jamás los penetraron sus ministros.

HUASCAR.

¿Aqui el Tyrano está? Ya le conozco:
de mas explicacion no necesito,
porque un genio feroz y sanguinario,
ni el fingimiento sabe desmentirlo.

QUIZQUIZ.

¿Qué recelais, Señor?

HUASCAR.

Nada recelo:
conmigo estoy, y basta estar conmigo.
Venga la tyrania, y de mis manos
arranque el cetro solo de ellas digno,
robe á mi frente la encarnada borla
del real poder glorioso distintivo:
véa el Cuzco abatida su grandeza,
ajado el esplendor de tantos siglos,
el Imperio del Sol despedazado,
arruinado su templo hermoso y rico,
profanadas sus aras, y en fin véa
los infaustos pronósticos cumplidos.

QUIZQUIZ.

Permitidme, Señor, que à vuestra idea
teñida en tan funesto colorido,
ofrezca objetos de menor espanto.

HUASCAR.

Serán extravagancias del capricho.

QUIZQUIZ.

Vos sois, Señor, el unico heredero

que

que el Sol se atreve à confesar por hijo:
Atahualpa conoce este derecho:
que no será adorado, aunque es temido:
Quien sabe, si el llamaros...

HUASCAR.

Calla, infame,
y no con adularme en este sitio
pienses que se me esconden tus trayciones,
compañeras del dolo y artificio.
Ya sé que eres hechura del Tyrano,
y que de tu confianza se ha valido.

QUIZQUIZ.

Señor, yo fui mandado: y Atahualpa
nombrado soberano Rey de Quito,
exîge de un vasallo la obediencia.

HUASCAR.

Mas no si la obediencia es un delito.
El Cuzco reconoce solo à Huáscar,
qualquiera Rey es feudatario mio,
el supremo poder está ultrajado,
y quien fue contra él ciego ministro,
no escusará su accion obedeciendo,
si obligacion mayor le dá latidos.

QUIZQUIZ.

Señor...

HUASCAR.

Ya basta: calla: no me obligues
à empeñarme en asuntos menos dignos.

Pa-

Padre, y no Rey, me vieron mis vasallos
imitar los benéficos principios
del gran Manco-Capác, que fue de todos
legislador, modélo, y prototipo.
Desde este hijo del Sol hasta mi padre
doce generaciones han corrido,
sin que en alguna se haya descubierto
la sombra mas pequeña de delito.
El derecho legítimo ha reynado:
y siempre el succesor ha pretendido,
mas que en altivo fausto y en grandeza,
exceder en virtud y beneficios.
De los doce legítimo heredero
me miro con dolor desposeido
por un bastardo vil, cuyo carácter
es la violencia, el robo, el latrocinio.
Hija de mi bondad mi confianza
pudo sola llevarme al precipicio;
que no recela tramas alevosas,
quien no está acostumbrado à los delitos.
Tres años me vió el Cuzco prisionero
en el mismo réal palacio altivo
en donde el claro Sol padre de todos
se ha dignado reynar por tantos siglos.
En él ví con dolor del fiel vasallo,
¡ò que angustia! correr la sangre à rios.
¡Triste del que no pudo por salvarla
con la suya teñir traydores filos!

De

De destrozo, de horror, de sangre llenas
las plazas, y las calles daban gritos,
que habrá escuchado el Cielo justiciero,
aunque suspende el exemplar castigo.
¡O tú, padre de todos, Sol hermoso,
protector de este Imperio, y padre mio!
¿no miras el destrozo de tu trono?
¿no es el rayo veloz tu fiel ministro?
Baxa à tu mismo solio: vé al tyrano
que con tal crueldad enfurecido
se ceba hasta en tu sangre generosa,
que corre en vergonzoso desperdicio.
Quantos heredan de tu noble aliento,
por la sangre Real que te han debido,
de sus iras tyranas son objeto
que los condena à indigno sacrificio.
Solo yo á tanta pena reservado,
porque pueda sufrir mayor martirio,
si de la muerte el golpe evitar pude,
mil muertes he sufrido en lo que he visto.
Mas ya conozco que mi fin se acerca:
fin de mis penas siempre apetecido,
que el traherme el Tyrano à su presencia
es por cebarse en el atroz delito.
Ea, guiad.

ESCENA II.

HUASCAR, QUIZQUIZ, MAMA-VARCAY.

¿Mas, Cielo, es esto sueño?
¡Mama-Varcay! ¿pues cómo? ¿qué prodigio
te restituye viva? ¿No acabaste
quando el trono del Sol en sangre tinto
fue teatro de horrores, que en su niebla
envolvió mis vasallos, y mis hijos?

VARCAY.

¡Ay Huascar-Inca amado! mi desdicha
librarme de ese número ha querido,
porque à mayores males me reserva;
pero con el placer de haberte visto
quien muerto te lloró, se olvida todo.
¿Cómo vienes? ¿Qué es esto? ¿Algun alivio
renace de la ya muerta esperanza?
¿Ha olvidado Atahualpa el odio antiguo?
¿Quiére reconocer su justo dueño,
y despues de pesares infinitos
coronar mi constancia y sufrimiento,
superior à su engaño y artificio?
Mas mi deseo adúlo; ¡Quan en vano
pretendo lisonjear el gusto mio!
Un corazon, que el crimen endurece,
dificilmente dexa su camino.

Aho-

Ahora mas que nunca reconozco,
quan sin freno su bárbaro apetito
corre precipitado á los agravios,
sin escuchar el interior aviso.
¿ Estando vivo Huáscar, no se escusa
de pretender mi mano ?

HUASCAR.

¿ Qué, qué has dicho ?
¿es posible? ¿Esa furia, ese Tyrano
se halla capaz de tan atroz delito ?
¿Esta pena, este horror me guarda el Cielo
despues de los tormentos que he sufrido ?
Quitame el Reyno, arranca mi Corona,
siega mi cuello con feróz cuchillo,
cayga muerto à tu mano el fiel vasallo,
oyga yo los lamentos de mis hijos;
pero ver en tus brazos à mi esposa,
ver que mi hermana escucha tus cariños...

VARCAY.

Basta, Huáscar: ¿Qué es eso? ¿has olvidado
que fue Huáyna-Capác el padre mio,
y que una misma sangre nos alienta ?
conmuevate el horror de aquel delito,
mas trocarle en temor y sobresalto,
es llenar de ignominia el valor mismo.

HUASCAR.

Bien conozco, Varcay...

VARCAY.

Escusa darme
satisfaccion alguna que no pido.
Hijas son del dolor aquellas voces,
y mas que sobresaltos, son gemidos.

HUASCAR.

Bien dices; no es recelo, es rabia, es ira.
¿Mas cómo de tu vida el debil hilo
pudo evitar la cólera irritada?
¿Cómo escapar pudiste del peligro?
¿Qué acaso te condujo à Casamarca?
¿Resta algun infeliz de nuestros hijos?

VARCAY.

¡Ay Huáscar! que mi pena has renovado,
y solo responder sabré en suspiros.
Aquel tremendo dia en que Atahualpa
en la plaza del Cuzco juntar hizo
las ramas generosas y Reales,
que atrajo con engaño y artificio;
tambien me vi arrastrar con ignominia
ázia el horror del espantoso circo.
Los ministros feroces de Atahualpa
cerraban en tres lineas el camino:
la vida no encontraba senda alguna:
tal vez el llanto apresuró el peligro.
Mis hijos, mis hermanos, mis parientes,
cercados de los bárbaros ministros,
esperaban la muerte por instantes,

que

que oscurecido el Cielo vér no quiso.
Dióse la seña: ¡ay Dios! ¡qué horror! ¡qué asombro!
La crúeldad desembaynó el cuchillo,
y la sangre Real tan pura y limpia
brotó en arroyos al cortante filo.
Cáe la esposa en brazos de su esposo:
espira el padre sosteniendo al hijo,
y al quererle evitar el fiero golpe,
tal vez el pecho se atraviesa él mismo.

HUASCAR.

¡O que funesta idea! ¡Qué horrorosa
pintura me presenta! El llanto, el grito
de tantos infelices me conmueve:
parece que le tengo en mis oidos.

VARCAY.

Abrazada, ¡ay de mi! de Coya-Cuji,
exhalaba mi espiritu en suspiros,
apeteciendo casi el duro instante
por no mirar objetos tan indignos.
Un ministro cruel arranca aleve
mi amada hija del regazo mio:
mi débil fuerza en vano se le opone:
mi llanto en vano conmoverle quiso:
atraviesa (le dixe) antes mi pecho:
concede à mi dolor, ò à mi cariño,
el infeliz consuelo de ir delante,
y no ver tan tyrano sacrificio.
Sordo à mis voces, à mi llanto ciego,

despreciando feróz mi débil brio,
me quita de la vista à Coya-Cuji,
quando el dolor me suspendió el sentido.
Lisonja fue del Cielo, con que aparta
el objeto cruel de mi martirio:
¡ojalá que el desmayo fuera eterno!
no sintiera las penas que he sentido.

HUASCAR.

¡O bárbaro Atahualpa! ¿no te mueve
aquel cándido pecho? ¿aquel divino
semblante, que retrata la innocencia?
matame á mí, completa el sacrificio.

VARCAY.

Despierto á mi dolor: hállome sola,
llamo á mi hija en lamentables gritos,
la confusion envuelve mi lamento,
mezclanse con los otros mis suspiros:
busco la muerte: huyen de mí todos:
insulto la piedad de los ministros:
nada me sirve: el fallo de mi muerte
estaba revocado, ò suspendido.
Vuelvo al palacio: hablame el Tyrano:
mi valor se desdeña hasta de oirlo:
atrevese à mirarme: ¡qué osadia!
exâgera el poder de su dominio:
burlo sus amenazas: se enfurece:
insulto su rigor enfurecido:
ofreceme su mano... aquella mano

que

que juzgo haber cortado el vital hilo
à la preciosa tuya... aquella mano
que à arrancar de mis brazos se ha atrevido
à Coya-Cuji mi adorada hija,
para entregarla al golpe del cuchillo.
¿Puede haber mas infame atrevimiento?
solo en imaginarlo me horrorizo.
Apartame del Cuzco: à Casamarca
ignoro con que intento me ha trahido:
afecta darme libertad entera,
mas siempre me rodean sus ministros.
Te encuentro aqui.

HUASCAR.

¿Siquiera este consuelo
el Cielo concedernos ha querido?
La sangre y el amor unirnos supo;
¡ojalá que una muerte sepa unirnos!

QUIZQUIZ.

Permitidme, Señor...

HUASCAR.

¿Qué es lo que quieres?

QUIZQUIZ.

Solo acordaros que à Atahualpa sirvo,
y que mientras sus ordenes espero,
llevaros al alcazar es preciso.

HUASCAR.

Bien dices: obedezcase al Tyrano.
Mama-Varcay, el Sol ha permitido,

que

que reyne la violencia: obedezcamos.

ESCENA III

MAMA-VARCAY.

Llevame à mí tambien, cruel ministro,
no separes dos vidas que amor une,
mira que no es la muerte igual martirio.
¿Qué es esto, Sol hermoso, Huáscar vive,
quando ya en ese trono cristalino
crei que dominaba las estrellas,
premio feliz à su virtud debido?
¿Le restituye amor para mas pena?
¿ò previniendo el exemplar castigo
quiere que despeñada la violencia,
reyne otra vez el merito del digno?
Esta vista, este encuentro me confunden.
¿Qué causa poderosa, qué motivo
pudo hacer al Tyrano que reserve
la vida, en que contempla mas peligro?
¿Reconocido acaso?... ¡o! no es posible:
yo conozco su pecho fementido...
mas él viene: su vista huir quisiera
qual la de un ponzoñoso basilisco;
pero amor me detiene. Huáscar vive,
tal vez el ruego, el llanto y el gemido,
ablandarán la crúeldad de un monstruo.
Haga mi obligacion el sacrificio.

ES-

ESCENA IV.

VARCAY, ATAHUALPA.

Atahualpa.

ATAHUALPA.

Varcay.

VARCAY.

La roja borla
ya tus augustas sienes ha ceñido:
si asi lo quiso el Cielo, no me quejo,
aunque violaste fuero tan antiguo.
Sea tuyo el Perú, goza su Imperio,
rindase el Cuzco à tu poder altivo,
las Provincias que el Sol ha destinado
por legitima herencia de sus hijos
te obedezcan rendidas, y te adoren
como pudo otro tiempo sola Quito:
ayude la fortuna tus sucesos,
goza de su favor, que yo no envidio,
y tus conquistas tengan solamente
en uno y otro mar término fijo;
mas, pues todo lo cedo sin zozobra,
concedeme una vida que te pido.

ATAHUALPA.

Mama-Varcay, la vida, el Reyno, el trono
siempre estarán pendientes de tu arbitrio.

Ata-

Atahualpa te adora, y no pretende
reynar en el Perú, si no es contigo;
como este sea el precio, ordena, manda,
tus preceptos serán obedecidos.

VARCAY.

¿Que esto pueda sufrir? Cesa, Atahualpa:
si eres Rey, ponle freno à ese delirio,
que han de sobresalir los Soberanos,
y nunca son ventajas los delitos.
¿Sabes que Huáscar vive?

ATAHUALPA.

Sé que tengo
en mis manos el mando y poderio,
y que debe la vida á mi clemencia;
pero fuera rigor que un beneficio
estorváse mi amor: logre la vida;
mas lógrela cediendo al amor mio.

VARCAY.

Eso sí, manifiesta tu carácter:
sepulta la razon en negro olvido:
desconoce tu sér: dí que eres fiera,
y que de fiera tienes sér y estilo.
¿Qué bárbaro hasta ahora ha caminado
tan descaradamente al precipicio?
Las leyes, el honor...

ATAHUALPA.

Quando es violento
sabe amor disculpar qualquier delito.

VAR-

VARCAY.

Oráculo del odio y la torpeza,
¿quiéres volver al horroroso siglo,
en el que la indolencia no escuchaba
siquiera à la vergüenza sus avisos?
¿Preciaste de que Inca fue tu padre,
y no piensas en serle parecido?
restablece aquel tiempo miserable,
en que sin ley, sin Dios, sin domicilio,
no conoció el Perú quien le guiáse
sino es la sinrazon de su apetito.
Quando solo el acaso daba esposa,
que se perdia en el instante mismo,
el hijo nunca pudo amar al padre,
ni el padre supo conocer al hijo:
entonces fueras digno Soberano
de pueblo tal de tus costumbres digno.
Pero despues que para nuestra dicha
nuestro gran padre el Sol enviarnos quiso
al gran Manco-Capác, y à Mama-Ollo,
prendas de su aficion y su cariño:
despues que su dulzura, que su trato
reduxo al pueblo à domicilio fijo,
alumbró la razon, formó familias,
les enseñó el adorno, y el cultívo,
instruyó la piedad, fabricó templos,
les hizo conocer un sér divino,
à quien como hacedor del universo

adorasen humildes y rendidos,
el bárbaro Atahualpa, descendiente
del mismo primer padre, de aquel mismo
legislador amable y soberano,
¿quebrantará sus leyes y sus ritos?
¿confundirá derechos y familias?
¿y hará el Perú otra vez confuso abismo?
¡o divino Hacedor!

ATAHUALPA.

No, no prosigas,
ni pienses que te escucho convencido,
engañada tal vez de mi silencio,
que para mí no pesa quanto has dicho.
Quando pretendí dar el primer paso
para tomar la borla, que ya ciño,
me pudo hacer temer la incertidumbre
que habia otro poder mayor que el mio;
pero ya independiente y soberano,
puesto à mis pies el Cuzco, y sus dominios,
no es razon que mi gusto se violente;
que nada pesa lo que el gusto mio.

VARCAY.

¿Qué es esto? ¿ya has llegado à tal extremo?
¿ni aun el remordimiento, aquel aviso
que mortifica al reo à pesar suyo,
no puede su eficacia usar contigo?
Despierta à la razon: basta, Atahualpa,
reconoce lo feo del delito,

tan-

tanto mas horroroso, quanto sea
mas elevado el puesto en que ha caido.
Manco-Capác, legislador severo,
puso por pena al robador indigno
del honor estimable de sus hijas
una muerte afrentosa: y que sus hijos,
su muger, sus criados, sus parientes,
(qual si cómplices fueran) sus vecinos,
sus ganados, las plantas, todo el pueblo
en donde tan mal hombre hubo nacido,
pereciese con él violentamente,
sin perdonar ni templo, ni edificio.
Esta severa ley, aunque tan justa,
no ha sido executada en tantos siglos:
el mas impuro reprimió el deseo
por horror de la pena, ó del delito;
solo tú...

ATAHUALPA.

Ya se cansa mi paciencia.
¡O que mal à Atahualpa has conocido,
si juzgas en él facil, que abandone
una pasion violenta, un fiel cariño!
Mas voy en solo un rasgo à descubrirte
mi genio y mi intencion.

VARCAY.

No necesito
mas que ver tus acciones.

ATAHUALPA.

Al oirme
tendrás conocimiento mas preciso.
Coya-Cuji-Varcay... no te alborotes,
no ha muerto, no, el imán de tus cariños,
en mi poder está. ¿Qué te suspende?
mi gracia reservartela ha sabido.
A restituirla voy à tus alhagos,
y à escusar à tu error tantos suspiros;
mas será condicion irrevocable,
que admitas la Corona que te ciño,
que estimes el Imperio que te ofrezco,
y al lado de Atahualpa...

VARCAY.

¿Qué, qué has dicho?

ATAHUALPA.

Escusa interrumpirme. Ola, Soldados,
trahed à Coya-Cuji. Ay te la fio:
si la adoras, procura libertarla:
tu voz fállo ha de ser executivo:
en tus manos está su vida y muerte:
consulta con tu enojo, ó su cariño.

ESCENA V.

VARCAY, COYA-CUJI.

VARCAY.

Ya he consultado: matame, alevoso,

atra-

atravieseme el pecho tu cuchillo,
saca toda la sangre de mis venas;
no la reserves para tal martirio.

CUJI.

Madre, Señora... ¡ò Dios! ¿es esto sueño?
¿tu amor huye de mí? ¿pues qué delito
me prohibe tus brazos?

VARCAY.

Mi desdicha.
Déxame huir el ayre que respiro.

CUJI.

Lloré tu muerte, imaginé esta pena
incapáz de encontrar algun alivio,
y quando compasivo el Cielo quiere
poner fin à mi llanto ¿tus desvios
han de aumentar mi horror? yo he de mirarte
escusando mi vista entre gemidos?
¡qué desusada pena! Si mi vida,
que juzgaba innocente, te ha ofendido,
termine en este punto su carrera,
acabe en voluntario sacrificio;
pero no me aborrezcas.

VARCAY.

Hija mia,
¡yo aborrecerte! el Cielo me es testigo
de que sola tu muerte imaginada
es el mayor tormento que he sufrido;
yo te amo, Coya-Cuji, yo te adoro,

tu

tu innocencia merece mis cariños,
y...pero huye de mí. ¡Qué horror! ¡qué asombro!
yo misma voy à ser fiero ministro
que el dogal asegure á tu garganta,
y al tierno pecho clave infiel cuchillo.
Yo misma, Coya-Cuji, te doy muerte,
tu contrario mayor es mi amor mismo.

CUJI.

Si es amor quien me mata, Cuji muera.

VARCAY.

¡Ah, que no ha de poder amor sufrirlo!

CUJI.

Cielo, ¿qué oposicion, qué enigma es este?
¿pero mi padre Huáscar? ¿es delirio?
¿el sol le restituye? ¿es hoy el dia
de ver amontonados los prodigios?

ESCENA VI.

VARCAY, CUJI, HUASCAR.

HUASCAR.

¿Dónde estás, Coya-Cuji? ¿Que en fin vives?
llega à mis brazos, llega. ¿Mas qué miro?
¿tú llorosa? ¡Varcay tan retirada,
quando ya deponiendo el odio antiguo,
ò suspendiendo un rato su fiereza,
Atahualpa llegar me ha permitido

à donde pueda veros!

CUJI.

Entre asombros
marmol soy; mas tus brazos, padre mio,
siempre serán el centro de mi afecto.

VARCAY.

Detente, Huáscar, que es nuevo martirio
el que el Tyrano intenta. No imagines
que por buscar à tu pesar alivio
te permite llegar à Coya-Cuji;
ingenioso el carácter vengativo
quiere que ese favor tu pena aumente.

HUASCAR.

Al menos el placer de haberla visto...

VARCAY.

¿El placer?.. el pesar, el sentimiento,
la desesperacion... Cielo divino,
esfuerza mi valor: yo desfallezco:
este objeto enagena mis sentidos.
Tu hija ha de morir: hoy à tu vista
vá à executarse el fiero sacrificio:
la sentencia está dada, y de su muerte
te convida el Tyrano à ser testigo.

CUJI.

Madre...

HUASCAR.

Varcay...

VAR-

VARCAY.

Dexadme, que no puedo
à mí misma sufrirme.

CUJI.

¿Qué delito...

HUASCAR.

¿Qué impiedad...

CUJI.

Pudo haber en mi innocencia?

HUASCAR.

Pudo de tal estrago ser motivo?

VARCAY.

Delito es, impiedad es execrable;
mas es el reo el Juez, y su castigo
manda que lo padezca el innocente.
Conoced à Atahualpa monstruo indigno.
Con ley precisa y dura me ha intimado
que resuelva... ¡qué horror! tiemblo al decirlo...
subir al trono en sus aleves brazos,
ò ver morir en el instante mismo
à Coya-Cuji.

HUASCAR.

Infame alternativa.

CUJI.

Mi corazon asalta un mortal frio.

VARCAY.

¿Qué he de elegir? ¿la infamia, ò la violencia?
¿el sacrilegio horrendo, ò el cuchillo?

der-

derrama antes mi sangre, infiel Tyrano,
que obligarme à tan bárbaros partidos.

HUASCAR.

¡Triste Imperio! ahora sí que veo
los infaustos pronósticos cumplidos.
¡Sagrado Viracocha! ya ha llegado
el tiempo que tu ciencia nos predixo.
Huáyna-Capác, mi padre, fue el postrero
de los Emperadores siempre invictos,
hijos del Sol, que el Cuzco ha venerado:
yo preso, miserable, y abatido
número no compongo: en él los doce
acabaron segun tu vaticinio.
El bastardo Atahualpa, que hoy impera
por medio de la infamia y artificio,
no es legítimo Rey: es un Tyrano,
un intruso, un infiel, un fementido,
que à la traycion mas torpe juntar sabe
el horror de sacrílegos delitos.
No es posible que el Cielo sufrir pueda
tanta abominacion; de su castigo
el término se llega. Rompa, rompa
de nuestra triste vida el débil hilo,
acabe la familia mas ilustre
que este sobervio Imperio ha conocido;
mas sepa que el decreto está ya dado
con breve plazo, término preciso,
y que no ha de gozar el fruto infame

de su traycion, y abominables vicios.

Cuji.

Madre, Señor, el daño es sin remedio:
disimulad el llanto y el suspiro:
yo he de morir: el Cielo lo dispone:
justo es obedecer si asi lo quiso;
pero sea consuelo en tanta pena,
lo que es à la verdad unico alivio.
El Sol vé mi innocencia: à él dedicada
en su templo mi vida hubiera sido
tan pura é innocente, qual conviene
à quien debe emplearse en su servicio.
A el Sol ha satisfecho mi deseo,
quiere escusarme el culto, intenta fino
llevarme en flor à su brillante trono,
donde reyne por siglos succesivos:
muera, pues, y si el Sol asi lo manda,
tengamos todos sentimientos dignos.

Varcay.

Hija del Sol, tu noble afecto dice
el claro origen que te dió principio;
¡mas ay! que quanto mas mi amor mereces,
mas tu pérdida tiembla mi cariño.
Llega à mis brazos, llega... pero Quizquiz...

ESCENA VII.

HUASCAR, VARCAY, CUJI, QUIZQUIZ.

QUIZQUIZ.

Atahualpa, Señor, me ha prevenido
que á su presencia lleve à Coya-Cuji.

VARCAY.

Esto es hecho: deten, cruel ministro,
la sacrílega mano.

QUIZQUIZ.

Yo, Señora...

CUJI.

Permitidle, Señora, hacer su oficio;
el Sol asi lo quiere, obedezcamos,
y en el temible instante, si es preciso,
el Tyrano conozca, que no saben
desmentirse jamás del Sol los hijos.

ESCENA VIII.

VARCAY, HUASCAR.

HUASCAR.

Bien dices: Quiera el Cielo concedernos
el no sobrevivir à este martirio.
Adorada Varcay, cesen estremos,

aunque los hace justos el motivo.
El fin nuestro se llega : ya el Tyrano
con este fiero golpe nos previno :
sigamos el impulso que nos guia,
y acabemos de estár oscurecidos
en estado tan triste y miserable:
nuestro gran padre el Sol, el Sol divino
nos llama ázia su trono. No escusemos
obedecerle prontos.

VARCAY.

No resisto:
ya veo que mi muerte está muy cerca.
¡Oh, llegue ya su plazo apetecido
que ponga fin à tantos sobresaltos!
pero el Tyrano reyna: este martirio
causa mi dolor solo.

HUASCAR.

De esa pena
el Cielo justiciero ofrece alivio:
ya se acerca el instante en que vomite
el espíritu inmundo : ya el castigo
prepara la justicia Soberana
como debida pena à sus delitos.
Huáscar, hijo del Sol, lo pronostíca:
el Sol puso en mi boca el vaticinio.

VARCAY.

Cumplase su decreto irresistible,
y quede un alevoso confundido.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

VARCAY, QUIZQUIZ.

VARCAY.

RESPIREMOS siquiera, aun vive Cuji;
de Atahualpa los bárbaros intentos
perdonan por un rato su innocencia.

QUIZQUIZ.

No descubro motivo à tu recelo;
antes, Señora, espero, que ablandado
Atahualpa, despues de tanto tiempo
no quiera repetir aquella escena,
época lamentable de su Imperio.

VARCAY.

Dexa que me sorprenda tu discurso.
¿No fue tu mismo brazo el instrumento
de que se valió entonces la violencia?
¿No eres tú la confianza de su pecho?
¿No fomentaste su traycion aleve?
¿Sigue acaso otra voz que tu consejo?
¿pues cómo con semblante compasivo
aparentas sentir tales estremos?
¿Tu corazon acaso se ha mudado?

QUIZQUIZ.

No siempre el que obedece, gusta hacerlo.

VARCAY.

¡Qué escucho! mas sigamos esta senda
que á mi corta esperanza ofrece el Cielo.
La razon poderosa te ha ilustrado,
no creo que te aníme el fingimiento,
y si el partido justo à abrazar llegas,
no están mis males lejos del remedio.
Capitan poderoso de Atahualpa
sus tropas te obedecen, por tí han hecho
prodigios de valor, quando guiadas
de la voz poderosa de tu esfuerzo
rompian esquadrones enemigos,
del Inca las conquistas estendiendo.
¿Qué falta à tu valor, para que sea
la gloria de los siglos venideros,
sino que siga causa mas honrosa?
¿Qué fama tus proezas adquirieron
quando las mancha un desleal principio?
El valor generoso, para serlo,
se ha de apartar de toda alevosia,
porque es la lealtad su fundamento:
sin esta el mayor triunfo es ignominia,
y mas que aplauso, logra vituperio:
sin esta el generoso es vil vasallo,
y solo adquiere nombre de violento.
Inclinate à lo justo: restablece

el

el esplendor de este abatido Imperio;
y fia de Varcay que tus hazañas
no quedarán sin el debido premio.

QUIZQUIZ.

Señora, si esperára...

VARCAY.

En mí confia:
qualquiera gracia, honor, ventaja, empleo,
la juzgaré pequeña recompensa
para servicio tal.

QUIZQUIZ.

No me resuelvo.

VARCAY.

¿Pues qué temes? ¿No sabes mi nobleza?
¿ignoras mi palabra en quanto aprecio?
Pide, propon, yo empeño mi palabra:
bien creo que conoces lo que empeño.
La dignidad mas alta será tuya:
tú serás el primero de mis Reynos:
contigo partiré quantas riquezas
todos mis ascendientes adquirieron.

QUIZQUIZ.

Empleos, dignidades ni riquezas,
no bastan à moverme, ya las tengo.
Otro premio estimára, y al decirlo
me contiene el temor, me ata el recelo;
pero resuelto estoy. Mandad, Señora.
Las tropas valerosas que gobierno

sa-

sabrán restableceros en el trono:
yo pondré à vuestras plantas este Imperio:
Huáscar recobrará la roja borla,
legítimo blason de sus abuelos:
el Cuzco le ha de ver entrar triunfante,
y abatido el traydor que le ha depuesto.
Mas Coya-Cuji...

VARCAY.

Acaba.

QUIZQUIZ.

Coya-Cuji
ha de ser recompensa de mi esfuerzo.

VARCAY.

Traydor, bárbaro, infiel, ahora conozco
toda tu falsedad y fingimiento.
¿No basta à tu furor la alevosia,
y quieres arrojarte al sacrilegio?
¿Quándo la sangre pura de los Incas
llegó à tener tan abatido empleo?
¿La legítima acaso se ha mezclado
con la de los vasallos algun tiempo?
¿Coya-Cuji-Varcay, hija de Huáscar,
ofrecida por tal del Sol al templo,
para que entre sus vírgenes esposas
se dedique à su culto y à su aseo,
quebrantando su fé será robada,
aun de la santidad del ministerio,
para darla à un infame?

QUIZ-

QUIZQUIZ.

Yo, Señora...
pero Atahualpa... Amor disimulemos.

ESCENA II.

VARCAY, QUIZQUIZ, ATAHUALPA.

ATAHUALPA.

Impaciente hasta ver si has elegido,
vengo à saber, Varcay, lo que has resuelto.
¿Quiéres reynar, ò muere Coya-Cuji?
¿Elijes el cuchillo, ò el Imperio?
Pero si no me engaño, el sobresalto,
el ardor, é inquietud con que te encuentro,
es clarisimo indicio que ha vencido
en el combate el maternal afecto.
Reyna, reyna, Varcay, y de tu hija
brille feliz el puro candor terso.

VARCAY.

¡Que brille, quando piensa en empañarle
el mas soez y venenoso aliento!
Sigue, Atahualpa, sigue esa carrera,
haz que un delito sea de otro empeño;
que quando se desboca el Soberano,
arrastra al inferior con el exemplo.
Mientras tu crueldad y tu violencia
hallan facil la entrada al adulterio,

este vasallo fiel de tal Monarca, [*à Quizq.*
manifiesta sacrílegos deseos...
A la esposa del Sol, à Coya-Cuji
se ha atrevido su amor. ¡Qué vilipendio!
¿Pero si abres escuela de delitos
no se ha de aprovechar con tal maestro?
¿Y dudas lo que elijo? Quando fuera
dudosa la eleccion en los estremos,
yo misma la matára, por no verla
expuesta al deshonor de un sacrilegio.
Ya ha resuelto Varcay. Mata, aniquila,
no quede rama alguna al tronco regio;
mas teme, que si reynan los delitos,
no es Atahualpa ni inmortal, ni eterno.

ESCENA III.

ATAHUALPA, QUIZQUIZ.

ATAHUALPA.

¡Qué escucho! aqui importa el disimulo.
Solos hemos quedado; no me quejo
de que adores amante à Coya-Cuji,
su hermosura merece bien tu afecto.
¿Mas por qué me lo ocultas? ¿Tal vez piensas
que ha de hacer mi amistad contigo menos
que el mismo Huáscar si à servirle llegas?

QUIZ-

QUIZQUIZ.

Yo, Señor...

ATAHUALPA.

No es decir que este recelo
altere mi confianza: bien conozco
tu lealtad, y tu amor: sé que tu esfuerzo
asegura en mis sienes la Corona,
y no sabré olvidar lo que te debo.
Quedé, muerto mi padre, Rey de Quito,
y Huáscar-Inca, poco satisfecho;
quiso que le rindiera el omenage
del heredado, aunque pequeño Reyno.
Conocí su poder, el disimulo
guió mis pasos con seguro acierto,
y fingiendo querer obedecerle,
propuse castigar aquel sobervio.
Tú dirigiste todas mis acciones:
tu prudencia guiaba por diversos
caminos varias tropas, que dispersas
se arrimaban al Cuzco, con pretexto
de celebrar exêquias à mi padre
con el fausto debido à su honor regio.
El artificio adormeció al Tyrano;
y quando le avisaron sus recelos,
ya tu valor, tu ardor, tu diligencia
no le dexó lugar à útiles medios.
El campo occidental de la gran Cuzco,
teatro de catástrofes violentos,

me vió por tu valor triunfar altivo
de un Rey, que me adoró rendido y preso.
Tú me pusiste la encarnada borla,
singular distintivo de este Imperio:
por tu consejo de la Real estirpe
cortó el cuchillo los pimpollos tiernos,
y, agotada la sangre de los Incas,
pude adquirir legítimo derecho.
Si à Huáscar reservé, fue porque viera
entre dolor y angustia estos objetos,
que à su vista, en tres años repetidos,
una muerte sin fin sufrir le han hecho.
Yo confieso que à tí lo debo todo:
à solo tu valor y tu consejo
puede deberse un hecho tan glorioso,
que será singular y sin exemplo;
mas quando reconozco tus servicios,
quando deudas tan grandes te confieso,
que por ellas quisiera darte en pago
una porcion del adquirido Reyno,
¿me recatas tu amor? ¿Piensas acaso
hallarme ingrato? Si este pensamiento
supo en tí despertar desconfianzas,
bien puedes desecharlas desde luego.
Resuelto estoy à darte gusto en todo.
¿Amas à Coya-Cuji?

QUIZQUIZ.

Mi respeto,

y no mi amor dirige mis servicios.
Si Varcay pudo equivocar afectos,
por despertar tal vez desconfianzas,
yo sé lo que à una esposa del Sol debo.
La brillante deydad que el Perú adora,
tiene elegida ya para su templo
su temprana hermosura: en él cerrada
pasará Coya-Cuji todo el tiempo
que el mismo Sol de vida la dispense;
sin que el amor mas lince, ò mas despierto
se atreva à registrar sus bellos ojos,
que solo han de servir al sér supremo.

Atahualpa.

Basta, Quizquiz. La justa confianza
con que en toda ocasion te manifiesto
mi modo de pensar, pudiera darte
mayor seguridad, menos recelo,
para que no pretendas deslumbrarme.
Tú sabes mis ocultos pensamientos,
sabes que las pasiones que declaro
no suelen ser de mi aficion empeño,
sino gradas políticas, que elevan
à la consecucion de mis intentos.
La ambicion es en mí la dominante,
las demás à su vista son lo menos,
que tan sin sobresalto sacrifico,
quanto sin impresiones las adquiero.
Estarás persuadido que idolatro

à Varcay, porque miras mis estremos;
pues sabe que bien lejos de adorarla,
con todos mis sentidos la aborrezco.

Quizquiz.

¡Señor!

Atahualpa.

¿De qué te admiras? Yo he temido
que el Perú, que à mis pies gime sujeto,
tal vez pudiera aborrecer el mio,
el legítimo Imperio apeteciendo.
Con esta mira quise de sus ojos
apartar para siempre los objetos
que despertasen su pasion violenta
à la dominacion de antiguos dueños.
A Varcay solamente reservaba
para que, compañera de mi Imperio,
todas las turbaciones aquietáse
por tener tan legítimo derecho.
Este es todo el amor que aparentaba:
toda su vehémencia pára en esto.
Ya conoces ahora mi carácter;
hablame confiado, que si puedo
pagarte, la mitad de mi Corona
será de tus servicios corto premio.

Quizquiz.

Señor, yo nunca amé.

Atahualpa.

Pues no te engañes,

guar-

guardando tu aficion en el silencio,
que quizás quando quieras descubrirla
habrá faltado ya tu amante objeto.
Llama á Varcay, y à Cuji.

QUIZQUIZ.

Voy al punto.

ESCENA IV.

ATAHUALPA.

Poderosa ambicion, reflexîonemos.
Quizquiz adora à Cuji: yo conozco
de Varcay el carácter justo y recto;
ella me lo asegura, aunque él lo niega:
¿si habrá acaso elevado el pensamiento
hasta querer reynar, y para el lógro
busca rama legítima?.. Esto es hecho:
dudas de la ambicion son evidencias:
solo la sangre aquieta sus recelos.
Mueran todos. Político engañado
tres vidas perdoné por tanto tiempo,
y en cada qual la mia amenazada
pudiera en todo instante hallar un riesgo.
¡O locura! ¡o engaño! Huáscar muera,
muera Varcay, y Cuji muera luego:
hoy ha de ser el dia que al Real tronco
he de cortar el último renuevo.
¿Mas Quizquiz, una vez ya declarado,

po-

podrá acaso? .. sí... sí... doylo por cierto;
muera tambien: no quede á mi peligro
ò à mi susto embarazo el mas pequeño:
todos han de morir. Mas Varcay llega.
Atrevida pasion, disimulemos:
veámos si el alhago y el cariño
pueden servir de llave à este secreto.

ESCENA V.

ATAHUALPA, VARCAY, CUJI.

VARCAY.
¿Qué nos quieres? ¿estás determinado?
adúla, pues, el ímpetu violento
de tu feroz pasion. Cayga truncada
esta brillante flor. Triunfa sobervio
mientras está el Perú tyranizado.
No temas que yo estorve el golpe fiero;
antes le apeteciera duplicado,
por perder de la vista un vil objeto.

ATAHUALPA.
Sosiegate, Varcay. De tu constancia
y tu virtud el merecido premio
será la libertad, y no la muerte:
yo mismo reconozco quánto debo
à las heroycas ramas, que destina
nuestro gran padre el Sol para su Imperio.

VAR-

VARCAY.

¡Qué escucho! ¡es Atahualpa!

ATAHUALPA.

Sí, Atahualpa
quiere borrar el poco fiel concepto.
Quando Huáyna-Capác me dexó à Quito,
Huáscar mismo prestó el consentimiento;
viólencia fue querer despues quitarme
de Soberano el timbre mas excelso.
Violó injusto el concierto mas sagrado,
irritóme tan ciego atrevimiento,
y el vengativo ardor.. ¿mas qué me canso?
dificil es que olvides los sucesos.
En medio de las muertes y violencias,
reservando el legítimo heredero,
quise mostrar que mi ambicion no aspira
à subir para siempre al trono regio.
Mas como la venganza, aun siendo justa,
siempre suele dexar resentimientos,
no te admire que mal asegurado
dilate restituirle tanto tiempo.
Los combates de amor han sido pruebas
para ver tu carácter siempre recto,
y conocer si pueden tus promesas
ser fianza segura de un concierto.
Ya satisfecho estoy.

VARCAY.

¡Cielos, qué escucho!

¿soñó jamás el gusto igual portento?

ATAHUALPA.

La paz ha de quedar establecida,
con que Varcay admita los convenios.

VARCAY.

Atahualpa, ¿es posible? Ordena: manda:
arregla quanto quieras: desde luego
los pactos aseguro con mi vida,
como en la de mi esposo no haya riesgo.
¡Feliz quien mira el fin de tanta pena!

ATAHUALPA.

Tu alegria me dexa satisfecho:
justo será que à Huáscar comuniques
esta resolucion; mas antes quiero
que un favor me concedas.

VARCAY.

¿Puede alguno
dificultarse un punto? Yo concedo
quanto Atahualpa quiere: sea el gusto
la medida cabal de su deseo.

ATAHUALPA.

Yo agradezco, Varcay, tus expresiones.
Quizquiz mi Capitan es à quien debo
el llegar à la gloria à que he subido:
todo se ha conseguido por su esfuerzo:
yo quisiera premiarle: Aunque no logra
de ser hijo del Sol el privilegio,
nació de ilustre sangre: à Coya-Cuji

ado-

adora, ya lo sabes: yo no puedo
pagarle de otro modo sus servicios,
porque qualquiera recompensa es menos.
Permite que su mano...

VARCAY.

No prosigas,
que ya conozco ahora el fingimiento.
¿Para esto alentabas mi esperanza?
¿odios disimulabas para esto?
Vuelve, vuelve, Atahualpa, à tu caráćter,
retírale de estado tan violento,
y dexale correr segun su impulso,
que nunca la clemeneia fue su centro.

CUJI.

Y sabe (si el hablar me es permitido)
que si quisiera tu poder sobervio
precisarme à violencia tan injusta,
olvidando que soy del Sol empleo,
yo misma me matára; pues encubro
suficiente valor en años tiernos
para hacer à mi esposo el sacrificio,
y llegar à su altar con puro aliento.

ATAHUALPA.

El ardor os engaña: meditadlo
mientras yo me retiro.

ESCENA VI.

VARCAY, CUJI, QUIZQUIZ.

VARCAY.

Ahora veo
adonde se encamina el artificio;
pero es un artificio muy grosero.
Todo causa recelos à un Tyrano,
porque está alimentado de recelos:
en sus mismos amigos mira agravios:
teme que harán lo que él hubiera hecho.

QUIZQUIZ.

Señora, si mi error no desmerece,
quando ya arrepentido lo confieso,
que escucheis mis razones; permitidme
aprovechar el unico momento,
que tal vez hallará mi desengaño.

VARCAY.

¿Qué quereis?

QUIZQUIZ.

Atahualpa falso y fiero
lleno está de sospechas. Yo conozco
el ímpetu furioso de su genio,
que se resuelve pronto y vengativo,
y lleva la venganza hasta el estremo;
si no se opone algun remedio breve,

vues-

vuestra vida y la mia corren riesgo.
A serviros estoy determinado,
sin otra recompensa ni otro precio,
que libertar mi vida amenazada:
unamos nuestras fuerzas y consejo.
Yo mando los Soldados de la guardia,
y de todas las puertas soy el dueño.
Huyamos ázia el Cuzco, y reforzados...

VARCAY.

Cesa, porque escucharte mas no quiero.
Ya he visto tu traycion: y quien ha sido
desleal tantas veces y protervo,
dificilmente puede en un instante
desmentir la razon de ese concepto;
porque es pena del falso, creerle falso
aun la vez que quizás es verdadero.
Mi padre el Sol me guarda, y si resuelve
que le acompañe en ese trono excelso,
mas estimo la muerte decorosa,
que admitir un auxîlio torpe y feo.

ESCENA VII.

QUIZQUIZ.

¿Qué es esto, Cielos? ¿todos me abandonan?
¿yo he podido variable é indiscreto
atraherme de todos la sospecha?
¿Mama-Varcay me mira con desprecio,

Ata-

Atahualpa recela, y de mi vida,
que tanto le ha servido, está sediento;
¿y yo con indolencia estoy tranquilo
entre tantos peligros? Ea esfuerzo,
coronemos la accion: muera Atahualpa:
lo que él piensa, pensémoslo primero.
¿Pero qué es lo que digo? ¿sus designios
no necesitan mas convencimiento?
No: porque yo conozco su carácter,
y para un ambicioso los recelos
siempre fueron delito averiguado:
à más que con Varcay me he descubierto,
¿y quién duda que diga mis trayciones,
como pudo otra vez decir mi afecto?
Por todas partes veo mi peligro;
pues acudamos presto à su remedio.
Pero Atahualpa vuelve: de sus voces
puede ser que rastrée sus intentos:
estemos prevenidos, y entre tanto
el golpe suspendamos.

ESCENA VIII.

Quizquiz, Atahualpa.

Atahualpa.

Yo me alegro
de volverte à encontrar, que necesito

de

de sola tu persona. Dime: ¿es cierto
que no adoras à Cuji?

QUIZQUIZ.

Tengo dicho,
Señor, que no fue amor lo que es respeto.

ATAHUALPA.

¿Te atreves à servirme contra ella?

QUIZQUIZ.

¡Fuerte lance! ¿pues cómo dudais eso?
No sabeis...

ATAHUALPA.

Ya lo sé, y asegurado
vengo solo à fiar de tí un empeño.
En breve has de partir con Coya-Cuji:
dirás que vas al Cuzco, y que en el templo
del Sol vá à dedicarse por esposa;
pero luego que salgas de este pueblo,
harás que muera en la vecina selva,
y poniendo à tu vuelta algun pretexto,
me traerás su cabeza.

QUIZQUIZ.

Señor... quando...

ATAHUALPA.

¿Qué es eso? ¿tú te turbas? ¿es respeto
solo el que te contiene? ¿tú ocultabas
una pasion que manifiesta el miedo?
¿Yo te quiero servir, y tú recelas
el descubrirte à mí? ¿Quien de mi pecho

ha sido la confianza, asi retira
ázia la desconfianza sus secretos?

QUIZQUIZ.

Señor.. perdido estoy.. no sé qué diga...
si pude alguna vez.. à tus pies puesto..

ATAHUALPA.

No mas. Ya tu pasion he conocido:
sigueme. [*al retirarse Atahualpa.*

QUIZQUIZ.

Vive el Sol, que es desacierto
malograr la ocasion, y.. [*toma el dardo.*

Disparan dentro, y vuelve Atahualpa, con lo que se contiene Quizquiz.

Mas la esfera
cae precipitada.

ATAHUALPA

¿Mas qué estruendo
jamás oido mi valor altera?
¿Si el Sol tan despejado está y sereno,
cómo dispara rayos? ¿Quién ha oido
jamás en Casamarca el fiero trueno?
¿No respetó al Perú siempre? ¿pues cómo
ha abortado la esfera el fuego horrendo
que asusta la region con estallidos?

ES-

ESCENA IX.

ATAHUALPA, QUIZQUIZ, CHALCUCHIMA.

CHALCUCHIMA.

Señor, aquellos nobles estrangeros,
hijos del Sol, pues que disparan rayos,
y tienen à su arbitrio los incendios:
los que con novedad jamás oida
muestran barbas pobladas de cabellos:
aquellos Capitanes invencibles,
que segun las noticias nos traxeron,
arribaron à Púna , y de alli à Túmbez,
llenando la region de heroycos hechos,
entran en Casamarca.

ATAHUALPA.

¡O Dios, qué asombro!
Ahora los oráculos funestos
aviva la memoria. ¿Cómo vienen?
¿es indicio de guerra ese violento
estrépito que imita tanto al rayo?

CHALCUCHIMA.

De paz, dice, que llegan, y está el pueblo
asombrado al mirarlos. Sobre monstruos
de vasta mole, aunque al correr ligeros,
entran sentados, dominando altivos
à tan sobervios brutos, que sujetos

obedecen sus señas, y parece
que es hombre y bruto de una pieza hecho.

ATAHUALPA.

No sé qué extraordinario sobresalto
me trahe esta venida.

QUIZQUIZ.

Aquel estruendo
me suspendió la accion.

ATAHUALPA.

Id, y guiadles,
mezclando aclamaciones y cortejos,
hasta mi real palacio.

CHALCUCHIMA.

A obedecerte
voy al instante. [*vase.*

ATAHUALPA. [*à Quizq.*

Siguele, y suspensos
queden nuestros intentos por ahora,
que llaman la atencion cuidados nuevos.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

ATAHUALPA, PIZARRO, QUIZQUIZ, CHALCUCHIMA, Soldados Perúanos, Soldados Españoles que trahen algunos regalos.

PIZARRO.

INca noble, Monarca respetado,
generoso Atahualpa, à quien eleva
del Perú à la grandeza soberana
el conjunto feliz de heroycas prendas,
permitid que os anuncie paz y dicha
en nombre de mi Rey, que el orbe tiembla.

ATAHUALPA.

Decid quanto querais sin embarazo:
Atahualpa os concede su licencia.

PIZARRO.

Don Carlos, mi Señor, Quinto en el Austria,
y primero del nombre en nuestra Hesperia:
aquel Monarca invicto, que domína
en donde nace el sol que arde en la esfera,
sin darse casi instante en que no brille
en sus Reynos la luz de este Planeta:
el que en Europa manda à la Alemania,

 Agui-

Aguila superior de dos cabezas,
doma el Leon de España generoso,
que tantos Reynos en su Imperio cuenta:
rige las dos Sicilias: le obedecen
el Bátavo, Lombardo, y duro Belga,
los que habitan las Islas Baleares,
y otros que, por ceñirme, no se cuentan:
el que al Africa ardiente tiene à raya,
oponiendo à su término barreras,
Mazalquivir, y Orán de Argel al Reyno,
à la sobervia Túnez la Goleta,
al de Fez, ó la antigua Mauritania,
el fuerte Velez, el Peñon, y Zeuta:
que domína las Islas fortunadas,
en donde Tenerife el Pico eleva,
que supo dar principio al meridiano
por la altura excesiva de su peña:
aquel, que aun à las partes mas remotas
que baña el Indio mar, y el Ganges riega,
estiende sus dominios, y hace al Asia
que en sus últimos senos le obedezca: (1)
aquel en fin, Señor, por no cansaros,
que en la estendida parte, y casi inmensa
del ignorado mundo, ha conquistado

tan-

(1) Aunque las Filipinas se conquistaron algunos años despues, ya estaban descubiertas; parece que puede permitirse esta expresion en un Drama.

tantos Reynos, Provincias tan diversas:
que manda á la Española, à la Jamayca:
à la Isla de Cuba, que sujeta
al estendido México y su lago,
silla Imperial de singular grandeza,
y, acabe de una vez, un nuevo mundo
límite de este Imperio en que el Sol reyna:
Don Carlos, mi Señor, salud envia.
Y como su benéfica grandeza
solo comunicarse solicíta
para dár de su amor seguras señas,
de tan remotos climas nos dirije
solo para deciros, que desea
vuestra amistad, Señor: y que la suya
os ofrece con gusto, y fé sincéra;
pues aunque Emperador tan poderoso,
desestima el poder, sino lo eleva
à grado superior, prenda mas alta
de expresiva y real beneficencia,
imitando à su Dios eterno y uno:
aquel Dios infinito por esencia,
el Hacedor de todo; à quien se humillan
el Cielo, el Sol, la Luna y las Estrellas:
el que al hombre formó: que al Sol dió rayos:
crió la luz que nuestra vida alegra:
llenó los mares: y à la tierra toda
le dió figura, peso y consistencia.
Y en prueba del amor con que os saluda,

y el seguro cariño que os profesa,
ese corto presente por mí envia,
fruto de las provincias que sujeta,
porque en la variedad y el artificio
podais formar de su poder idéa.

ATAHUALPA.

Valeroso Español, confuso admiro
de vuestra voz la poderosa fuerza,
que con dulce violencia me arrebata,
aunque no llego en todo à conocerla.
Ceñido de dos mares, sospechaba
que no habia otro mundo, ni otra tierra
que el límite forzoso de las aguas,
que de ambos lados mis dominios cercan;
mas ya por vuestra voz desengañado,
admiro el gran poder y la opulencia
del Monarca feliz, que aqui os envia
de climas tan remotos, donde reyna:
sus virtudes me atrahen, y aseguran
una correspondencia y paz eterna:
estimo su amistad, y de la mia
le procuraré dár seguras pruebas,
ya que no con regalos tan preciosos,
con el fruto y metal que el Perú engendra.
En quanto à lo demás que me habeis dicho
del Hacedor de todo, y de la inmensa
potestad de ese Dios que formó al hombre,
y hace que el Sol rendido le obedezca;

per-

permitid que suspenda contestaros,
que no son tan recónditas materias
para alcanzarse à la primera vista,
ni convencer en la razon primera.
Descansad entre tanto. Mi palacio
es vuestra habitacion. Las tropas vuestras
estarán regaladas y servidas,
mientras valerse de mi Reyno quieran.
Quizquiz.

QUIZQUIZ.

Señor.

ATAHUALPA.

Guiad los Españoles.

PIZARRO.

Guardeos el Cielo.

ATAHUALPA.

Id en hora buena.

ESCENA II.

ATAHUALPA, CHALCUCHIMA.

ATAHUALPA.

Ya hemos quedado solos, Chalcuchima:
dexa que del afan de mis sospechas
me descargue contigo. Siempre has sido
digno de mi confianza; espero seas
mas leal que algun otro.

CHAL-

Chalcuchima.

En todo lance
encontrareis rendida mi obediencia.

Atahualpa.

¿Aseguraste à Huáscar?

Chalcuchima.

Desde el punto
que mandasteis que nadie verle pueda,
no ha visto al Sol su padre.

Atahualpa.

¡O qué mal hice
en suspender su muerte! mis cautelas
temo ya que no surtan buen efecto:
el pronóstico infausto me atormenta:
la vista de estos hombres que han llegado
de tan remotos climas me dá pena:
el ayre magestuoso me arrebata;
pero su gallardia me amedrenta.

Chalcuchima.

Es efecto del traje extraordinario,
de las armas que visten, y de aquella
tan rara habilidad, con que sus manos
truenos y rayos rigen y manejan;
mas de paz han llegado.

Atahualpa.

¡Ay Chalcuchima!
que la paz que prometen no me quieta.

Ese Dios poderoso que ellos siguen
ha llenado de espanto mis ideas.
Huáscar es el legítimo : el Imperio
le toca por derecho: si es que llegan
à saber que le he preso, es muy posible
que tomen à su cargo la defensa:
y entonces.... mi valor me desampara:
un mortal frio corre por mis venas:
¿qué he de hacer? ¿Pero no soy Atahualpa?
¿no soy aquel, de quien la diligencia
y el valor obligaron la fortuna
à que favoreciese sus empresas?
¿No mando en el Perú? ¿no me obedece,
y solo de escuchar mi nombre tiembla?
pues rompa de una vez: cesen estorvos;
muera Huáscar. ¡Mas ay, que aunque mas sea
su muerte necesaria, no es posible
lograrse en Casamarca! Una sospecha,
un indicio, un rumor causar podria
alboroto terrible: la asistencia
de tantos estrangeros lo animára,
quando viva Varcay no lo conmueva.
Otro susto. ¡Varcay! ¡Qué loco he sido
en darle libertad! si ahora pudiera....
mas no; disimulemos: no es posible
lograrse todo junto: el susto atienda
à lo que mas conviene. Chalcuchima.

CHALCUCHIMA.

Señor.

ATAHUALPA.

Parte al instante, parte à priesa,
y mientras en mirar los estrangeros
está suspenso el pueblo, tú aprovecha
los instantes, y saca de aquí à Huáscar:
dirígele ázia Xauja en diligencia
con algunos Soldados de confianza,
que allá te avisaré lo que hacer debas.

CHALCUCHIMA.

Voy pronto à obedecerte. [*vase.*

ATAHUALPA.

Con espanto
imágenes terribles me rodean;
pero Varcay. Oculte mi semblante,
si es posible, el horror que el alma llena.

ESCENA III.

ATAHUALPA, VARCAY.

VARCAY.

Atahualpa, ¿qué es esto?

ATAHUALPA.

¿Qué, qué tienes?

VARCAY.

¿Qué novedad irregular es esta?

¿dón-

¿dónde Huáscar está? ¿por qué prohibes
à su infeliz esposa su presencia?
Paso à verle, y me ocultan su persona:
pregunto, y nadie sabe dar respuesta.
La crueldad acaso... ¡ò! no es posible.
Sacame de esta duda, ò atraviesa
el pecho de Varcay, si el de su esposo
sufrió ya el golpe atroz de tu violencia.

ATAHUALPA.

Sosiegate, Varcay: vivo está Huáscar.

VARCAY.

Esa noticia solo me sosiega;
mas ¿dónde está? ¿por qué de mí le ocultan?

ATAHUALPA.

La confusion, Varcay, y la sorpresa
de ver los estrangeros que han llegado,
ha sido la ocasion, bien que ligera,
de mandar retirarle; pero siempre
dura en mi pensamiento aquella idea
de la propuesta paz.

VARCAY.

De mi ignominia
dirás mejor, si los conciertos eran
con unas condiciones tan infames.

ATAHUALPA.

Admírome de ver que las repruebas,
quando Quizquiz ha sido tu confianza.

VARCAY.

¿Mi confianza? tal le hacen tus sospechas;
pero yo de un traydor jamás me fio;
y quando mi confianza mereciera
pagára de otro modo sus servicios,
no à costa de una infamia como esa.

ATAHUALPA.

Está bien: yo me pongo de tu parte;
mas Quizquiz me ha servido con fineza,
justo es recompensarle, ya que dudas
hacer eso por mí. ¿Qué recompensa
te parece, Varcay, proporcionada?

VARCAY.

Como yo en sus acciones no hallo deuda,
por ser todas injustas, no es posible
que proporcione premio, sino pena;
pero quando le hubiera ¿à un Rey le faltan
empleos, dignidades y riquezas
con que poder premiar? ¡Mas qué me canso
si todo es invencion de tu cautela!
¿Te avergüenzas de no premiar à Quizquiz,
y de prender tu Rey no te avergüenzas?
Guarden mas consecuencia tus acciones,
Atahualpa, si quieres que te crean:
restituye al legítimo su trono:
y ya que à tantas vidas dar no puedas
el generoso aliento que quitaste,
perdone tu furor à la cabeza.

En-

Entonces sí, entonces creerse puede
que nos habla tu voz con fé sincéra,
y que el honor volvió à encontrar su centro
por el fijo camino de la enmienda;
pero mientras tu falso disimulo...
¡Mas Coya-Cuji! ¿qué violencia nueva
alterada te trahe?

ESCENA IV.

ATAHUALPA, VARCAY, CUJI.

CUJI.

¡O, Sol! Mi padre
preso por Chalcuchima.. à hablar no acierta
mi turbacion.. yo misma, yo le he visto
custodiado de guardias que le cercan.
Los Soldados.. mi padre.. su semblante,
todo, todo conspira à mi sospecha.
¡Ay madre! Huáscar muere.

VARCAY.

¿Qué, qué dices?
¿Atahualpa, qué es esto? ¿Qué fiereza
te hace sacrificar la mejor vida
mientras à mí me engañas? ¿este era
el pensamiento de tu paz, aleve,
y la seguridad de tus promesas?
¿No te espanta el horror de tal delito?

¿exe-

¿executarle puedes con serena
tranquilidad? ¡qué horror! matame, infame,
matame antes à mí; mas no entretengas
con frívolas razones mi esperanza,
quando en Huáscar el alma me atraviesas.
Permiteme salir donde la muerte
por medio del cuchillo juntar sepa
dos pechos amorosos, que aborreces,
porque te dan en rostro, porque acuerdan
con su vista trayciones alevosas
al indigno poder que los afrenta.
Permiteme salir...

ATAHUALPA.

No hay que moverte,
sosiegate, Varcay; que si atropella
alguno injustamente mis mandatos,
yo sabré castigarle. Aqui me espera,
mientras pongo remedio.

ESCENA V.

VARCAY, CUJI.

VARCAY.

¡Ah falso, aleve!
¿piensas que no conozco, aunque te ausentas,
que fue mandato tuyo? ¿ahora finges,
quando tal vez el término aceleras?

¿dón-

¿dónde pudo caver tal villania?
¡llenarme de esperanzas, que aunque inciertas,
como las apetece mi desdicha,
hallan alguna entrada en mis ideas,
y prevenir el golpe en el instante
en que no se esperaba! No son nuevas
máquinas tales en tu pecho aleve:
ya me las ha mostrado la experiencia
dias há... ¡mas qué miro! esposo amado.

ESCENA VI.

VARCAY, CUJI, HUASCAR, CHALCUCHIMA, Soldados Perúanos.

CHALCUCHIMA.

¡O que azaroso encuentro!

HUASCAR.

Ya mi pena,
adorada Varcay, no es tan sensible:
el Sol me ha concedido, antes que muera,
que de tí me despida. A Dios, esposa.
A Dios, amada hija: llega, llega
à los brazos de un padre que te adora.
Llega, Varcay, tambien.

CHALCUCHIMA.

Señor...[*detienelas Chalc.*

HUAS-

HUASCAR.

¿Qué intentas?

CHALCUCHIMA.

Qualquiera detencion en mí es delito:
la orden fue precisa.... mi obediencia....

HUASCAR.

En esta detencion poco aventuras;
si bien el sobresalto y la cautela
con que de aqui me sacas, rodeando
salas y galerias, bien demuestra
que te mandaron evitar la vista
que un acaso concede. Si es la fuerza
tan desigual, cedamos. Ya conozco
que esta será quizás la vez postrera
que Huáscar logre veros. Mi partida
anuncia esta desdicha.

VARCAY.

¡Ay Dios! espera,
permite que en la muerte te acompañe
la esposa mas fiel.

CUJI.

Logre mi pena,
crueles guardias, que à mi triste padre
me dexeis abrazar.

CHALCUCHIMA.

De su presencia,
que tanto evitar quise, algun mal temo.

CUJI.

Padre...

VARCAY.

Esposo.

CHALCUCHIMA.

Soldados, detenedlas,
mientras salgo con Huáscar. Señor, vamos.

HUASCAR.

Vamos, si mi desdicha asi lo ordena.

Caminando.

A Dios, esposa mia, à Dios, mi Cuji:
Huáscar os ama siempre: la violencia
de vosotras me aparta: este tormento
es mayor que la muerte. El Cielo quiera
haceros mas felices, y al Tyrano
le dé el justo castigo.

VARCAY.

En vano piensas
detenerme, cruel. [*à Chalc.*

CHALCUCHIMA.

Señora....

VARCAY.

Aparta;
ò con tu dardo el pecho me atraviesa.

CHALCUCHIMA.

Algun grave mal temo.

CUJI.

Padre mio.

HUASCAR.

Hija infeliz, ni aun el consuelo queda
à mi dolor de recibir tu llanto.

VARCAY.

¡Ay, esposo! ¿qué bárbara sentencia
me prohibe morir entre tus brazos?

HUASCAR.

Vive, Varcay, y el Sol piadoso quiera
reservar quien aníme la venganza
de tan cruel agravio.

CHALCUCHIMA.

El mal se aumenta:
retiraos, Señora, ya no puedo...

VARCAY.

Dexame que me acerque, ò haz que muera.
No perdones la vida, que es odiosa,
si à Huáscar sacrificas.

HUASCAR.

¡O Sol! templa
tan acerbos dolores, porque el pecho
no tiene sufrimiento à tanta pena.

CHALCUCHIMA.

Detenedlas, Soldados. Señor, vamos:
mirad que mi respeto no halla senda
que no le precipite.

HUASCAR.

Ya te sigo;
sola esa indignidad falta à tu ofensa.

ESCENA VII.

VARCAY, CUJI.

VARCAY.

Matadme antes, aleves.

CUJI.

¡Padre mio!...

VARCAY.

¡O tyrano Atahualpa! ¡ò monstruo! ¡ò fiera!
¿qué intentas? ¿mas qué dudo? ya es patente,
conocido tu genio, lo que intentas.
¿Paz me disimulabas? ¿paz fingias?
¿Qué tengo que dudar? mi muerte es cierta:
ese fingido alhago y disimulo
es la declaracion mas verdadera;
que nunca el vengativo se reprime,
sino para romper con mas violencia.
Cielos, ¿à dónde iré? por todas partes
los ministros infames que nos cercan
impiden la salida. Nuestro llanto
es medio ineficáz para una queja:
baxo pretextos falsos se retira,
porque nuestros suspiros le molestan;
ò porque descubiertas sus trayciones
no tiene avilantéz de sostenerlas.
Ya lloré muerto à Huáscar, y en el dia

en que mi admiracion vivo le encuentra,
¿ha de ser solamente para el susto
de sentir repetida su tragedia?
Muramos, Cuji: acabe nuestra vida:
salga nuestro dolor de esta miseria:
violentemos la guardia, è irritemos
su bárbaro furor en nuestra ofensa.
Muramos à sus manos. Pero ¡ay Cielos!
que nuestra infeliz muerte no remedia
el meditado golpe del Tyrano,
y Huáscar al suplicio corre apriesa.
No sé à donde volverme. En tanta angustia
la muerte es menos mal, y.. pero espera:
aquellos estrangeros que han llegado,
ácia aqui se encaminan: su presencia
nuevo valor me infunde: nuestra dicha
los ha guiado de remotas tierras
tal vez para instrumentos del castigo
que el Tyrano merece: no se pierdan
los preciosos instantes.

ESCENA VIII.

VARCAY, CUJI, PIZARRO, QUIZQUIZ.

PIZARRO.

Vuestro ingenio [*à Quizq.*
está bien demostrado en esta excelsa

fá-

fábrica.... Mas, Señoras, ¿qué disgusto
ofusca en vuestros ojos la belleza?

VARCAY.

Generoso Español, à quien los Cielos
armaron de valor y fortaleza,
para que vengar puedas sus injurias;
asiste à una infeliz que à tus pies llega:
esposa soy de Huáscar, que este Imperio
heredero legítimo confiesa:
El bastardo Atahualpa le ha quitado
Imperio y libertad: hoy con cautela
à mis ojos le arrancan de palacio
despues que habeis llegado. La presteza
indíca su intencion: vuestra llegada
la víctima à sus iras acelera:
tal vez en este instante ya el cuchillo
amenaza de Huáscar la cabeza:
socorredle, Señor, dadme su vida,
y sed heroyco amparo de la nuestra.

PIZARRO.

Sorprendido, Señora, al escucharos...
pero porque veais que se interesa
en la vuestra mi vida, con las obras
solo quisiera daros la respuesta.
Antes que otros intentos lo dilaten,
à la seguridad es bien se atienda
de la vida de Huáscar: declaradme
por donde se dirijen: por qué senda

los indignos ministros le arrebatan,
para que yo oponiendo fuerza à fuerza,
los castigue, y à Huáscar restituya.

VARCAY.

Obra siempre, Señor, con tal cautela,
y con tanto secreto el disimulo
del Tyrano, que solo se sospechan,
pero jamás se saben sus intentos:
una casualidad hizo que viera
arrebatar à Huascar: su destino
le ignoro todavia; mas contempla
mi temor que ázia el Cuzco se dirije.

PIZARRO.

La falta de noticia en tanta empresa
pudiera malograrla; mas importa
acelerar los pasos. ¡O Dios! sean
felices.

VARCAY.

Esperad: con vos asiste
quien depósito es de las ideas
del Tyrano; haced que las declare
à pesar suyo. Quizquiz ¿à qué esperas?
tú eres la confianza de Atahualpa,
de tí se vale su traycion violenta.
¿A dónde llevó à Huáscar? ¿con qué intento
de aqui le retiró? dí.. manifiesta
el lugar, la intencion.

QUIZQUIZ.

Señora....

VARCAY.

Acaba.

PIZARRO.

No me obligues, Soldado, à que la fuerza...

QUIZQUIZ.

La fuerza es la que menos me obligára.
Atahualpa me mira con sospechas
hace pocos instantes: Varcay sabe
el motivo, que basta à entretenerlas.
No vivo mas seguro yo que Huáscar:
una vez que recelos alimenta,
mi vida corre riesgo. Este peligro
es sobrado motivo à que os dixera,
si los supiese, los intentos suyos;
pero ahora conozco que me aleja
de sí, quando me manda acompañaros,
solo porque sus máquinas no entienda.

PIZARRO.

Señora, en estas dudas malogramos
los preciosos instantes: las cautelas
muestran la cobardia de Atahualpa;
que el valor generoso no recela.
Vuestra causa es la mia: à mí me importa
no perder la ocasion: por esta senda
abre puerta el valor à mis hazañas:
¡ò quiera el Cielo que gloriosas sean!

Per-

Permitid que à Atahualpa me dirija,
y de su misma boca el caso sepa.
El camino mas breve es este...

VARCAY.

Temo....

PIZARRO.

No temaìs, porque el Cielo se interesa
en las glorias de España: el valor suyo
sabe facilitar qualquiera empresa,
y todo Español noble sacrifica
con desprecio la vida, quando llega
à conmover su espíritu gallardo
una accion generosa, qual es esta.

VARCAY.

Justa causa defiende vuestro brio:
El Sol mi padre os guie, y favorezca.

ACTO QUARTO.

ESCENA I.

VARCAY, CUJI, QUIZQUIZ.

QUIZQUIZ.

SEñora, permitid que al estrangero
no dexe en circunstancias tan precisas,
en que la intrepidéz de su ardimiento
vá sin duda à exponerle. Mas mi vida
creed que de obedecer desengañada
à quien de mis servicios desconfia,
si hasta ahora se ha empleado en la violencia,
va desde hoy à emplearse en la justicia.

VARCAY.

Quizquiz, la turbacion de mis ideas
no es posible que ahora me permita
discernir si tu oferta es verdadera,
y si es la lealtad quien sacrifica.
Si quieres que te crea, ocasion tienes:
del peligro de Huáscar la noticia
ya te ha informado del mayor servicio:
entonces me hablarás, si asi me obligas.

ESCENA II.

Quizquiz.

Decis bien: obre solo la prudencia,
y de dos males el menor se elija.
El Tyrano recela, y no perdona;
Huáscar sabrá admitir à quien se humilla.
La bondad es de éste fiel carácter;
del otro es la violencia vengativa.
Huyamos, pues, el riesgo, y acudamos
à donde la esperanza nos aníma,
que aunque es necesidad esta mudanza,
puede legitimarla la justicia....
¡mas qué veo! Atahualpa ázia aqui viene.

ESCENA III.

Atahualpa, Quizquiz.

Atahualpa.

¿Qué es esto, Quizquiz? ¿no mandé que sigas
al estrangero? ¿cómo le has dexado?

Quizquiz.

Señor, solo dexé su compañia
porque desea hablaros, y era justo
que antes os previniese.

Ata-

ATAHUALPA.

¿Tan precisa
es la ocasion, quando ha pocos instantes
que de mí se apartó? ¿mas qué fatiga
mi atencion? Dí que venga. Aquí le espero.

QUIZQUIZ.

A obedecerte voy.

ESCENA IV.

ATAHUALPA.

De mi ruina
sin duda se apresuran los instantes:
solo halla confusion mi fantasia.
Aquella prediccion de Viracocha,
de que gentes estrañas nunca vistas
vendrian al Perú para ser dueños
del dilatado Imperio de los Incas:
el rayo que vió Quito en el palacio
en que mi mismo padre residia,
y tirado del Sol significaba
que habia de extinguirse su familia:
el pronóstico fiel, el testamento
en que Huáyna-Capác dice, y avisa,
que en él se cumple el término preciso
de los doce Monarcas de su linea:
que despues de su muerte, à poco tiempo,
vendrán al Cuzco de remotos climas

hombres extraordinarios y valientes,
à quienes no es posible se resista;
aquella prediccion temo que sea
por mi fatalidad harto cumplida.
Estos hombres barbados me estremecen:
sus rayos disparados me horrorizan:
quisiera despedirlos, y no puedo:
al irles à mandar, tiemblo sus iras:
mi fuerza para ellos es muy débil:
las armas de que usan son muy finas....
¿Pero yo he de ceder? ¿Yo he de mirarme
sujeto à dueño alguno? ¿Es bien se diga
que quien destronó à Huáscar tiembla ahora?
Eso no. Vive el Sol que me ilumina,
que yo he de superar quantos prodigios
con temibles ideas me fatigan;
si la fuerza no puede, haga el engaño
lo que aquella no pudo. Mis caricias
sabrán adormecerlos esta noche,
y quando el sueño à descansar obliga,
la furia, la traycion.. ¿Pero qué es esto?

ESCENA V.

ATAHUALPA, CHALCUCHIMA.

¿Qué novedad es esta, Chalcuchima?

CHAL-

CHALCUCHIMA.

Señor, Señor...

ATAHUALPA.

¿Qué es esto? ¿cómo vuelves?
no te mandé que à Xauja te dirijas,
y que esperes mi orden?

CHACUCHIMA.

Fue forzoso,
Señor, el que volviera à dar noticia
de un embarazo nuevo. Al campo apenas
con mis pocos Soldados daba vista,
quando ví una gran tropa de estrangeros,
con los mismos vestidos, con las mismas
armas y rayos, brutos y semblantes,
que los que à Casamarca en este dia
han llegado.

ATAHUALPA.

¿Qué dices? ¿cómo es eso?
¿à unirse en Casamarca se encaminan?
¿te vieron? ¿saben que llevaste à Huáscar?
¿le han libertado yá? ¿se ha hecho la liga
para restablecerle en este Imperio?
¡ò con quánto tormento el pecho lidia!
Acaba, dí.

CHALCUCHIMA.

Señor, quando de lejos
los divisé, dudando qual sería
su intencion, del camino desviado

me aparté ázia una selva de su vista;
y no sabiendo à qué determinarme,
por mas que vuestra orden fue precisa,
mandé à mis Cabos custodiar à Huáscar,
mientras yo me adelanto à dar noticia,
y ver qué resolveis.

ATAHUALPA.

Que Huáscar muera.
Ya es el lance forzoso; aunque la ira
no exîgiese tan presto el sacrificio,
el mismo interés mio à ello me obliga.
Parte, parte al instante, vuelve al campo,
y antes que otro embarazo nos lo impida,
acabemos con Huáscar, muera al punto:
ensaye tu furor en él sus iras,
haciendole sufrir en tiempo breve,
lo que con lentitud hacer querria
mi rabia si pudiese. Por tres años
su muerte prolongada ò suspendida,
llegue à la execucion; y si no puede
ser por tantos acasos à mi vista,
aumente la tragedia rigurosa
este ardor de venganza que me aníma.
Acaben mis zozobras, que no reyna
quien con temor de no reynar domína.
No perdones instante, parte, parte.

CHALCUCHIMA.

Voy, Señor.

ATA-

Atahualpa.

Pero, espera: Chalcuchima.

Chalcuchima.

Señor.

Atahualpa.

¿Sabes si acaso el estrangero
sospecha..

Chalcuchima.

¿Qué, Señor?

Atahualpa.

Que Huáscar viva?
¿sabes si está enterado del derecho
que tiene à la corona? ¿si maquína
quitarla de mi frente? ¿si es de acuerdo
de los nuevos Soldados la venida?
sabes.. ¡ò, Sol, qué pena! todo es sustos:
qualquiera leve sombra me horroriza.

Chalcuchima.

Yo nada sé, Señor, mas no es posible:
acaban de llegar, la paz confirman
sus voces..

Atahualpa.

¿Paz sus voces? ¡qué locura!
temerario será quien de ellas fia.
Parte, parte al instante, mata à Huáscar,
alíviame este peso, que derriba
toda mi fortaleza: desahoga
el corazon que con recelos lidia;

pe-

pero vuelvete al punto à Casamarca:
mira que mis intentos necesitan
de tu ayuda esta noche: tus Soldados
prevenidos estén: la pena mia
ha de quitar su causa à qualquier precio:
aunque cueste lograrlo muchas vidas.

CHALCUCHIMA.

Señor, ¿pues qué intentais?

ATAHUALPA.

Reynar intento:
y por reynar no escusarán mis iras
el empeño mayor. Viven los Cielos,
que si los estrangeros me intimídan,
he de lograr de un golpe.. pero parte.

CHALCUCHIMA.

Mi obediencia os responda.

ESCENA VI.

ATAHUALPA.

Ya es precisa
una resolucion aventurada:
el peligro es muy grande, el tiempo insta,
el pronóstico infausto me atormenta,
en parte su amenaza está cumplida,
los estrangeros tienen mi palacio;
¿qué falta ya sino que yo les sirva?
¿qué falta ya sino que el Perú pase

à

à su dominacion? ¡ò rabia mia!
antes muera à sus manos, que yo vea
el término fatal de mi ignominia.
Muera Atahualpa, si el morir es fuerza;
pero muera reynando: las cenizas
de su abrasado Imperio le sepulten:
sea el Perú arruinado, tumba y pira:-
mas ¿quién entra?

ESCENA VII.

Atahualpa, un Soldado Peruano.

Peruano.

Señor, un estrangero
de la misma nacion y compañia
de los que hoy han llegado, intenta hablaros.

Atahualpa.

Este será el que dixo Chalcuchima:
decidle que entre. Para mis intentos [*vase el Sold.*
es muy embarazosa su venida:
el mal crece por puntos: el remedio
pide resolucion constante y fija.
Esperemos la noche... mas él entra,
disimule el dolor, el pecho finja.

ESCENA VIII.

ATAHUALPA, ALMAGRO, Soldados Españoles. A los primeros versos PIZARRO, y QUIZQUIZ.

ALMAGRO.

Un Español, Señor, que à vuestras costas
pudo aportar feliz con la noticia...

QUIZQUIZ.

Ved al Inca. [*salen.*

PIZARRO.

Señor, habiendo oido...
pero ¿qué veo? El Cielo aqui te guia:
oye, Almagro. Señor, habiendo oido
que la cabeza de la Real familia
es Huáscar-Inca, Príncipe supremo,
que la fuerza en cadenas esclaviza,
y que siendo el legítimo, se teme
que acabe presto su innocente vida;
vengo à deciros, que mi Rey le toma
baxo su proteccion: que su justicia
no consentirá agravio semejante:
y que si su amistad la vuestra estima,
restituyais à Huáscar al instante
en su esplendor, y su grandeza antigua.
Hoy dicen que salió de Casamarca:

la

la brevedad del tiempo me precisa
à hablaros tan resuelto. Yo he de verle
libre, y sin riesgo alguno en este dia.
Vuestra respuesta espero.

ATAHUALPA.

Esto faltaba. [*apart.*
Estrangero, sabed que soy el Inca,
Emperador supremo, que venera
el Perú todo. Si la amistad mia
os permite asistir en Casamarca,
y manda que los suyos os reciban
dentro de su palacio; infamia fuera
agraviar la amistad que asi os estima.
Gozad de su favor, dexad quimeras,
que al supremo poder nunca exâmina
algun mortal sus obras, ni penetra
la precisa razon que las motiva.

PIZARRO.

Hablé, Señor. Ya de mi Rey el nombre,
que empeñé en la justicia que os pedia,
me empeña mas: no puedo retirarle.
Dadme, Señor, respuesta mas precisa.

ATAHUALPA.

El Inca del Perú no dá respuesta
quando el atrevimiento y la osadia,
de ingratitud grosera acompañados,
de este modo se atreven à exîgirla.
Ya respuesta teneis.

PIZARRO.

Esa respuesta
empeña mi valor : la bizarria
de un Español se alegra que haya campo
en que se ostente el fuego que le aníma.
Ahora veo que el Cielo me dirije
de un dilatado Imperio à la conquista,
y que hace mi brazo el instrumento
para desagraviar las tyranias.
Vamos, Almagro, vamos.

ATAHUALPA.

Deteneos.

PIZARRO.

Una vez declarada la injusticia,
no es posible que un pecho generoso
se pueda contener sin combatirla.

ATAHUALPA.

Esperad, ¿qué habeis dicho? ¿el Cielo ha sido
el que para el castigo aqui os envia?

PIZARRO.

Sí, Señor; que de Dios la providencia
es la que los acasos determina.

ATAHUALPA.

La providencia... Dios.. ¡qué nueva idea
llega à formar aqui mi fantasia!
¡O qué correspondencia encuentra el susto
con lo que Viracocha vaticina!

PI-

PIZARRO.

Pero qué me detengo, Almagro, vamos.

ATAHUALPA.

Esperad, ¡ò dolor! ¡ò rabia! ¡ò ira!
que si ese Dios lo manda, de quien dices
que al Sol nuestra deydad rinde y humilla;
si fue su providencia quien lo ordena,
no puede haber mortal que le resista.
Huáscar vive, es verdad, por mi mandato
de Casamarca à Xauja se retira:
si os importa, seguidle, en el camino
le hallareis: solamente Chalcuchima
le acompaña: Id, id y rescatarle;
pues ya veo que el Sol guarda su vida,
y que por mi pesar salen verdades
sucesos de dolor que pronostíca.
Cumplase el vaticinio que me asombra,
y acabe de sufrir la rabia mia.

ESCENA IX.

PIZARRO, ALMAGRO, QUIZQUIZ, Soldados Españoles.

PIZARRO.

Ya me has oido, Almagro.

ALMAGRO.

Empeño es fuerte.

PI-

Pizarro.

El valor le empezó.

Almagro.

Pues él le siga.

Pizarro.

Amigo, dices bien: mas ya que el Cielo
tan à punto preciso te encamina
para nuestro favor, dexa que el gusto
primero con los brazos te reciba.

Almagro.

No con menos afecto de los mios
recibido serás siempre.

Pizarro.

¿Qué dicha
te trajo à esta ocasion?

Almagro.

Quando saliste
de Panamá para cortar la linea
y venir al Perú, tambien mi esfuerzo,
aunque à mas largo rumbo, te seguia.
Supe que conquistaste à Púna, y Tumbez:
que à San Miguel de Piura, Ciudad rica,
fundaste: y que allanando los caminos
à Casamarca intrépido venias:
volvime atrás, y quise acompañarte.

Pizarro.

La ocasion, como has visto, es bien precisa:
me alegro... mas primero aseguremos

à

à Huáscar.

QUIZQUIZ.

Pues à Xauja se encamina,
yo me ofrezco con gusto à dirigiros:
ved que en la dilacion tal vez peligra.

PIZARRO.

Almagro, mejor es que partas luego
con los Soldados de quien mas te fias,
en compañia de este Perúano;
que yo con los demás de la milicia
intento rodear este palacio,
y prohibir al Inca la salida
hasta que à Huáscar traygas.

ALMAGRO.

Voy al punto.

PIZARRO.

Seguidle, Perúano.

ESCENA X.

PIZARRO.

Ea, osadia,
ya estás en el empeño mas altivo,
que el valor de los nobles acredita.
Esta guerra civil puede abrir puerta
à la gloria inmortal de una conquista:
sigamos el camino: No es acaso
haber venido Almagro en tan precisa

oca-

ocasion: con sus tropas reforzadas,
à competente número las mias
ascienden para empeño tan glorioso,
que sus ciegas deydades pronostícan.
Esta supersticion, esta creencia
puede servirme mucho, à que resista
con menos diligencia un pueblo ciego,
si cree determinada su ruina.
Mis tropas, es verdad, si las compáro
con las que inundarán estas campiñas,
parecerán muy pocas; ¿mas qué importa?
el valor, y no el número domína.
Ya están acostumbradas à victorias:
la Isla de Púna, y Túmbez lo acreditan.
El Español valiente no numéra
con cuidado las tropas enemigas:
sabe vencerlas sin saber contarlas:
porque lo mas dificil mas le aníma.
Aprovechemos la ocasion gloriosa...
pero, Varcay.

ESCENA XI.

PIZARRO, VARCAY.

VARCAY.

Señor, ¿qué es esto? El Inca
corre todo el palacio sin sosiego,

un

un no visto furor le predomína:
llama à sus Capitanes: los previene:
ha hecho abrir la puerta à su armeria:
mil Soldados se arman::-

PIZARRO.

Sosegaos;
yo haré que su furor de nada sirva.
Desde que vine à hablarle, mis Soldados
están sobre las armas: la orden mia
fue de guardar las puertas, hasta tanto
que yo le manifieste las noticias
del derecho de Huáscar, y responda
à la demanda que el valor le intíma.
Ya ha respondido: Huáscar vive: el Cielo
pretende libertarle de sus iras.
Mis Soldados salieron à quitarle
à los suyos, que à Xauja se encaminan.
Yo los espero en breve victoriosos,
despues de haber quitado las indignas
prisiones de las manos de un Monarca:
sosegad, no temais ya por su vida,
ni por la vuestra.

VARCAY.

Capitan valiente,
dexad, que à tal fineza agradecida,
pida Varcay la gloria del suceso,
pues sois el defensor de su justicia.

PIZARRO.

No puedo detenerme: el movimiento
que me habeis indicado, me precisa
à volver à mis tropas, para darles
la orden necesaria, mientras sigan
las de mi compañero à vuestro esposo.
No temais entre tanto, protegida
de todos mis Soldados, que el Tyrano
à insultaros se atreva. Vuestra hija
sale à buscaros ya: quedad, Señora,
serena en tan amable compañia.

VARCAY.

El Sol os guie.

ESCENA XII.

VARCAY, CUJI.

VARCAY.

Cuji.

CUJI.

Ay, madre, un susto,
un nuevo sobresalto me fatiga.

VARCAY.

Si es por ver à Atahualpa tan furioso
demostrar en acciones vengativas
el odio de su pecho, no receles.
A pesar del enojo que respira,

nos

nos ofrece su amparo el estrangero
contra la crueldad y tyrania.
Quizás se acerca el pavoroso instante
que le tráhe la pena merecida:
el Sol vé su traycion; y aunque algun tiempo
que profane su trono le permita,
solo suspende el golpe; mas sentido
al paso que mas tiempo le retira.
Yo espero su castigo, y mi venganza,
si puede haber venganza en la justicia:
los oráculos todos lo prometen,
quando una destruccion nos vaticinan:
Atahualpa vé el fin de sus violencias,
término del furor y la injusticia,
horrendos monstruos que su aleve Imperio
centro de crueldad caracterizan.
Salgamos, Coya-Cuji, del abismo,
mientras en el mayor le precipitan
su furor y ambicion desenfrenada,
que hasta las leyes mas sagradas pisan.
Salgamos de este estado miserable,
indigno de aquella alta gerarquia
en que nos mira el Sol, quando derrama
sobre nosotros su aficion benigna.
Salgamos del terror y la congoja
que nuestro pensamiento martirizan,
mientras sufrimos una cruel muerte
en ver amenazada nuestra vida.

Muera el cruel Tyrano, y viva Huáscar.

CUJI.

Toda mi dicha es que Huáscar viva:
esto solo apetece mi deseo:
esto solo mis ansias pedirian;
mas temo...

VARCAY.

¿Qué, qué temes? habla, Cuji.

CUJI.

Temo que sea eterna mi desdicha.

VARCAY.

¿Pues cómo? ¿Qué motivo te amedrenta?
Verdad es que Atahualpa mandar quita
de nuestra vista à Huáscar, y que à Xauja
le lleva apresurado Chalcuchima;
pero su libertad tardar no puede.
El Español valiente se encamina
à libertarle ya: le sigue activo,
y no hay oposicion que le resista.

CUJI.

Temo que su socorro llegue tarde.

VARCAY.

¿Pero qué causa tu temor motiva?
Cielos, ¿será posible? dime: acaba.

CUJI.

Ya sabes que el Tyrano à Chalcuchima
hizo salir con Huáscar.

VARCAY.

Sé que manda,
que prisionero à Xauja le dirija.

CUJI.

Pues antes ya que el Español llegára,
que à buscarle salió, y que la noticia
dieseis de nuestro agravio al que primero
llegado habia, estaba Chalcuchima
de vuelta en Casamarca, y vuelve solo.

VARCAY.

¿Qué dices? y has sabido .... ¡ò pena mia!

CUJI.

Nada sé; solo sé que aqui le han visto
de vuelta ya: y si à Xauja se encamina,
como dice el Tyrano, ¿cómo vuelve
en tan pocos instantes à su vista?
¿dónde ha dexado à Huáscar? ¿qué se ha hecho?
¡Ah, cómo temo, madre, que es mentira
quanto el Tyrano ha dicho, por dar tiempo
à su cruel traycion!

VARCAY.

No, no prosigas,
que no tengo valor para escucharte.
¡Oh máteme la furia de sus iras,
como à Huáscar perdone! Sol hermoso,
que nuestro Dios y padre te apellidas,
no permitas la muerte de mi esposo,
haz que antes su esposa el cuello rinda

al pedernal cortante: haz que à su aliento
prive una cuerda el ayre que respira;
pero no, no es posible, Huáscar vive:
el Español le ampara, y à su vista
no intentára el Tyrano tal violencia:
fuera precipitar su muerte misma.
Aníme la esperanza el corto plazo:
el fin de nuestra pena se avecina:
libre has de ver à Huáscar: Este Imperio
será otra vez teatro de su dicha:
el Cielo le protege: su innocencia
es quien atrajo de remotos climas
gente tan valerosa y esforzada,
que declarada está por su justicia.
Alienta, Cuji, alienta.

CUJI.

De tus voces
el espíritu activo vivifica
un ánimo oprimido. Pero, madre,
razon será que deis esta noticia
al bizarro Español.

VARCAY.

Bien dices, vamos:
la prudencia lo dicta, vamos, hija.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Varcay, Pizarro.

Varcay.

SEñor, este recelo me congoja:
siendo, como es, constante, que ha llegado
Chalcuchima; deciros que iba à Xauja,
es algun artificio, algun engaño
que Atahualpa dispone, por dar tiempo
à su bárbaro intento.

Pizarro.

Sosegaos,
que vuestro amor agranda los objetos.
Quando yo me acerqué determinado
à preguntar de Huáscar, fue la ira
la que dió la respuesta. Nunca es falso
el ímpetu primero de la furia,
ni se puede temer sea contrario
el intento que esconde, y el que expresa;
que une la ira, el corazon y el labio.
Yo le escuché, Señora, y me parece
que no pude engañarme.

Varcay.

¡Ah! que el Tyrano,
à

à fuerza de trayciones alevosas,
está con la ficcion domesticado,
y quien supo llegar à esta costumbre,
la sabe executar sin embarazo.

PIZARRO.

Vos le conocereis: ello es posible;
pero habiendo salido mis Soldados
à seguir el camino diligentes,
ya no puede tardar el desengaño.
¿Y qué adelantaria con fingirme?
apresurar de su ruina el plazo.
Mi valor generoso no sufriera
tan infame artificio. No, no estamos
hechos los Españoles à la injuria:
es nuestro corazon sincéro y franco,
y antes sufriera un Español mil muertes,
que aquietarse à la vista de un agravio.
Pero Atahualpa llega: en su semblante,
en su gesto y su voz, reconozcamos
la verdad, que no es facil ocultarse,
quando está prevenido ya el cuidado.

VARCAY.

¿Atahualpa? su vista me horroriza,
desde que esta sospecha encontró paso
para asaltar el alma. Yo le huyo.

ES-

ESCENA II.

PIZARRO, ATAHUALPA.

ATAHUALPA.

Ha rato que el dolor os vá buscando
armado de una queja. ¿Cómo es esto?
¿quando quiero salir de mi palacio
vuestros guardias lo impiden, y es preciso
apelar al furor para lograrlo?
¿Asi paga el agravio al beneficio,
y à la hospitalidad el desacato?
¿tan mal hallado estais con la templanza,
que le dais esa paga à mi agasajo?
¿qué intento os arrebata? ¿qué capricho
à esa temeridad principio ha dado?
respondedme, estrangero.

PIZARRO.

En viendo à Huáscar
os pienso responder; y mientras tanto
no es facil que abandone una sospecha
con que está prevenido mi cuidado.

ATAHUALPA.

¿Qué sospecha? decid.

PIZARRO.

Quando le enviasteis
à Xauja, el Capitan que à acompañarlo

salió, volvió al instante: su destino
vos solo le sabeis. Luego que Almagro
salió à seguir el rumbo que dixisteis,
los demás Capitanes convocando,
Consejo haceis de guerra; y la armeria
en donde reservabais flechas, y arcos,
hondas, y hachas, se mantuvo abierta,
para que prevenidos los Soldados,
estén prontos al golpe que medita
vuestra desconfianza. ¿En este caso
me pretendeis hallar desprevenido?
que me veais tan quieto es un milagro:
de toda mi prudencia necesito
solo para templarme el breve rato
que el desengaño tarda. Llegue Huáscar:
vea que la malicia no ha burlado
mi generoso intento: que su vida
está libre y segura. Mas si acaso
algun engaño.. ¡ò Dios! ¿qué haré al creerlo,
si no sé reprimirme aun al dudarlo?

ATAHUALPA.

¡Qué escucho! ¿quién os dió tales avisos?
¿quién para mi dolor os ha informado
del pensamiento mismo que yo encubro,
y aun de mí pretendia recatarlo?
¿Qué deydad os informa? ¿El Sol mi padre
comunica el saber extraordinario
à vuestro entendimiento? ¡ò dolor mio!

ya veo harto cumplidos los presagios.
Un hombre que penetra el pensamiento,
y à quien del corazon lo mas arcano
no se oculta, es mas que hombre. ¿Cómo puedo
huir ya de la cólera del hado?

PIZARRO.

Ved si tengo motivo, y si es capricho
prevenir de la furia los asaltos:
vuestra misma congoja lo declara:
la misma confusion que habeis mostrado,
me asegura bastante vuestro intento;
pero no quiere el Cielo soberano
que dure la traycion.

ATAHUALPA.

¡O valor mio!
¿ahora me abandonas? ¿para quándo
reprimias la furia que ocultabas
en este corazon desesperado?
muera Atahualpa, muera.

PIZARRO.

¿Qué, qué intentas?
detened, Atahualpa, el torpe brazo:
pero Almagro...

ATAHUALPA.

¡Qué veo! ¡Chalcuchima
tan cruelmente preso!

ESCENA III.

ATAHUALPA, PIZARRO, ALMAGRO, CHALCUCHIMA preso, QUIZQUIZ, Soldados Españoles.

ALMAGRO.

Aqui, Pizarro,
tienes al mas infame delincuente,
que puede horrorizar solo en mirarlo.

PIZARRO.

¿Qué es esto, Almagro, amigo? ¿hallaste à Huás-[car?
¿cómo vuelves sin él?

ALMAGRO.

Como el espanto
solo pudo mirar tan gran tragedia,
acto del corazon mas inhumano.

PIZARRO.

¿Murió Huáscar?

ALMAGRO.

Ya ha muerto, y en su muerte,
que la rabia y furor executaron,
no ha habido atrocidad que no se ensaye:
la alevosa traycion, el desacato,
la crueldad horrible, la serena
impiedad, que es carácter de un Tyrano,
el insulto, la risa, aun el deleyte

de

de mirar un martirio prolongado,
todo lo ha unido el torpe regicidio.
Este bárbaro ha sido, este villano [*à Chalc.*
el fiero executor. Nuestro socorro
llegó muy tarde ya.

PIZARRO.

Cuentame, Almagro,
cómo ha sido: la ira me arrebata.

ALMAGRO.

Sali à seguir con este Perúano [*à Quizq.*
el camino de Xauja; pero apenas
me aparté de este pueblo, à pocos pasos
escucho un grito agudo y doloroso
en un vecino bosque: y sospechando
lo que pudo causarle, me dirijo
con mas celeridad à remediarlo.
Llegué à priesa. ¡O que horror! tiemblo al de- [cirlo:
y ví à Huáscar desnudo à un tronco atado,
en quien el mas villano atrevimiento
estaba sus furores ensayando.
Cortaron con infamia sus narices,
sus orejas, los ojos le sacaron,
truncados pies y manos, monstruo informe
poco à poco la vida iba acabando;
solo la lengua, porque se quejára,
y los cárdenos labios perdonaron,
que para su furor el llanto y queja
debió de ser sin duda dulce canto.

Aca-

Acabadme, decia, monstruos fieros,
terminad de mi vida el breve plazo:
el Sol mi padre os mira, y el castigo
será à delito tal proporcionado.
Yo fallezco.... ¡ò gran Dios! ¿esto permites?
dixo: y la muerte le selló los labios.
El horror, el furor para el castigo
todos mis sentimientos despertaron;
acometo resuelto, en un instante
se llena de cadáveres el campo,
sin que la huida ni el lamento valga,
que no es digno de lástima el villano.
Tan solamente al Capitan reservo,
que en duros hierros traygo asegurado,
porque pague con pena mas infame
el horrendo delito.

PIZARRO.

Al escucharos
me asalta un nuevo horror. ¿Cómo es posible
que sea tan cruel el pecho humano?

ATAHUALPA.

¡Cielos qué escucho! ¿ya falleció Huáscar?
como él no reyne, muera yo à las manos
del estrangero aleve.

PIZARRO.

¿Qué habeis dicho? [*à Atah.*
¿qué mas pruebas? Llegad, aseguradlo,
Soldados.

ATA-

ATAHUALPA.

¡Que esto sufro! ¿tambien llegas
para prenderme tú, Quizquiz villano?
¿No basta abandonarme? Pero el Cielo
este instrumento reservó à mi brazo
para el justo castigo: muere, aleve:
ingrato, muere: muere, infiel vasallo....

Va Atahualpa à herir à Quizquiz con la hacha; detienenle los Soldados, y le prenden.

PIZARRO.

Detened el impulso, que ya el Cielo
se cansa de sufriros.

ATAHUALPA.

¡Ah, tyranos!
acabad con la vida de Atahualpa,
y no llegue à mirar tal desacato.

PIZARRO.

Capitan atrevido; ¿qué disculpa
puede hallar tu traycion? [*à Chalc.*

CHALCUCHIMA.

Que fui mandado.

PIZARRO.

¿Quién lo mandó?

CHALCUCHIMA.

Atahualpa.

PIZARRO.

¿Es esto cierto?
[*à Atah.*

ATA-

ATAHUALPA.

Jamás à un Inca se le hicieron cargos:
no tengo superior: infamia fuera
responder Atahualpa.

PIZARRO.

Ea, llevadlos. [*à los Sold.*
No necesito mas convencimiento,
su mismo Capitan lo ha declarado.
En el cuerpo de guardia centinelas
siempre tengan de vista: mientras tanto
que con Almagro el daros determino
orden precisa y breve. Tú, Soldado, [*à Quizq.*
sigue tambien los nuestros.

ESCENA IV.

PIZARRO, ALMAGRO.

PIZARRO.

Dime, amigo,
¿qué te parece hacer en este caso?

ALMAGRO.

¿Eso dudas? la muerte de Atahualpa,
que su mismo delito está gritando,
quando no la pidiera la justicia,
la pide la política. ¿No es claro,
que sin Rey el Perú que lo domíne,
dexa à nuestro deseo libre el campo

à

à una facil conquista? ¿pues qué dudas?
¿quiéres dexar pendiente un embarazo
con la vida del Rey, por mas que cuides
de tenerle muy bien asegurado?
¿No ves que es un pretesto ver que vive,
para que no se rinda el Perúano?
¿No has conocido que es supersticioso;
que al Sol por Dios adora; y cree engañado
que son hijos del Sol todos sus Incas?
¿pues cómo, mientras vive en este engaño,
quieres que se sujete, quando sabe
que guarda la deydad que ha idolatrado
un hijo que le mande? Nuestra fuerza
podrá hacerle temer: nuestros Soldados
lograrán mil victorias; pero siempre
respetará en el Inca un Soberano:
y quando mas no pueda, por guardarle
aquella adoracion que le ha jurado,
huirá à las montañas escabrosas,
donde será dificil alcanzarlos.
No, no, Pizarro amigo, no haya dudas:
este importante golpe es necesario.

PIZARRO.

Las razones que dices bien las peso;
pero no me resuelvo à executarlo.

ALMAGRO.

¿Por qué causa, Pizarro?

PIZARRO.

Hallo en mí mismo
un horror que me sirve de embarazo.
Atahualpa, es verdad, es delincuente:
siendo solo ilegítimo y bastardo,
al legítimo arroja de su trono,
y le arrebata el cetro de su mano:
usurpa el Reyno: mata al heredero:
junta la crueldad, y el desacato:
y no hay crimen alguno el mas horrendo
que no haya cometido; pero, Almagro,
Atahualpa es Monarca. Yo le encuentro
gozando del carácter Soberano;
y un Rey siempre es un Rey. Este atributo
ha sido tan sublíme y elevado,
que no dexa que nadie se le acerque
sino para el respeto. Es un sagrado
que el enemigo mismo reverencia,
y no le dexa ver que es su contrario.
La vida de los Reyes ha corrido
siempre à cargo del Cielo. A su resguardo
sabe velar sagrada providencia
con especial auxîlio y fiel cuidado.
Atreverse à juzgarlos es delito
de tanta gravedad, y de horror tanto,
que la causa mas justa es sacrilegio,
y el que se determina es un tyrano.
La suprema Deydad que dá el Imperio,

el

el quitarle tambien se ha reservado:
y si quiere que ilustre su Evangelio
de este altivo dominio el vasto espacio,
ya lo sabrá lograr sin que nosotros
con la sangre de un Inca nos tiñamos.
No, amigo, no: reservese Atahualpa.

ALMAGRO.

Pues si preso le tienes, si ya has dado
el paso mas preciso...

PIZARRO.

Fue forzoso.

ALMAGRO.

¿Y qué intentas ahora? ¿libertarlo?

PIZARRO.

Un medio encuentro sin llegar à ese.

ALMAGRO.

¿Y quál es?

PIZARRO.

El que debe un buen vasallo.
Avisemos à España. El Rey glorioso
que nos manda, y nos mande largos años,
instruido de todo, dará el orden
que juzgue conveniente. Obedezcamos,
y no determinemos; que los Reyes
son árbitros supremos: ilustrados
están de superior conocimiento,
y los aníma espíritu mas alto.
A él solo decidir le corresponde..

mas la esposa de Huáscar.. suspendamos
tan delicado punto.

ESCENA V.

PIZARRO, ALMAGRO, VARCAY, CUJI.

VARCAY.

¡O qué contento
el corazon ocupa! ¿Ya has llegado,
valeroso Español? ¿Ya de mi esposo
rompiste las prisiones? ¿Ya à mis brazos
le restituye tu valor altivo?
¡O venturoso instante! ¡ò feliz plazo!
¿dónde Huáscar está? Señor, permite,
permite que la fé de un amor casto
se apresure à lograr su dulce vista.
¿Tan presto le encontraste? ¿hizo el Tyrano
alguna resistencia? ¿está Atahualpa
instruido que ha vuelto? vamos, vamos,
amada hija, vamos à tu padre:
logre nuestra ventura que guiarnos
quiera vuestra bondad.

CUJI.

¡Ay padre mio,
quién pudiera lograr tan dulces lazos!

VARCAY.

Bien sé que agradeceros es la deuda

que primero me obliga: no ha olvidado
mi alegria este empeño; pero el gozo
ocupa el corazon tan sin reparo,
que no dexa lugar à otros afectos,
desde el momento ¡ò Español gallardo!
que aqui os miro de vuelta. ¿Cómo ha sido?
¿dónde, dónde llegasteis à encontrarlo?
referidme el suceso brevemente.

Almagro.

¡Fuerte empeño! Señora, apresurado
corrí tras del traydor que le llevaba,
y ya está preso, pero...

Varcay.

No, soltarlo
es preciso: mi gozo no permite
que Chalcuchima sufra: él fue mandado.
¿Y Huáscar? ¡qué contento ocuparia
su noble corazon, quando à librarlo
vió al Español llegar! prosigue, dime,
dime, Español, el venturoso caso.

Almagro.

Quando llegué, Señora, aunque mis ansias
à mi celeridad alas prestaron,
ya apartados à un bosque.. Yo, Señora,
bien quisiera decir...

Pizarro.

Espera, Almagro,
que yo diga, si puedo. Permitidme,

Se-

Señora.. ¿mas qué es esto? ¿quién ha entrado?

ESCENA VI.

PIZARRO, ALMAGRO, VARCAY, CUJI, SOLDADOS Españoles.

SOLDADO.
Señor, acudid luego, que en la tropa
se nota un movimiento extraordinario.
El Perú se alborota, y todo es muertes.
El principio no sé; mas los Soldados
Españoles corriendo al alboroto
matan mil infelices Perúanos.

PIZARRO.
Vamos, Almagro, acude con tu gente,
que yo me acercaré por otro lado
à saber el motivo; por si es fuerza
ò bien darles favor, ò sosegarlos.

ALMAGRO.
Pizarro, ya te sigo.

ESCENA VII.

VARCAY, CUJI.

VARCAY.
¡O Sol! ¿qué es esto?

¡nue-

¡nuevos tormentos, nuevos embarazos!
¿Dónde iré? ¿Qué he de hacer?

CUJI.

¡Ay madre mia!
¿qué puede ser tan nuevo sobresalto?
No sé qué teme el alma: ¿otra desdicha,
otro rigor acaso preparado
nos tiene nuestra suerte? no es posible:
ya mi valor no alcanza. Madre, huyamos.

VARCAY.

¿Huir? ¿y à dónde irás?

CUJI.

Vamos al templo
de nuestro padre el Sol: sea resguardo
su sagrado lugar de nuestras vidas.

VARCAY.

No puede ser, que están todos los pasos
llenos de confusion, de armas, y gente,
y en mayores peligros tropezamos.
¡O qué ideas tan varias me combaten!
¿qué será este alboroto? ¿si el Tyrano,
habiendo visto à Huáscar, le ha movido,
para ver si el impulso temerario
logra en la confusion darle la muerte
que el Español le impide? no hallo paso
que no sea un escollo.

CUJI.

¡Ay madre mia,

qué

qué idea tan funesta! No logramos
anuncio de esperanza lisonjera,
que no acompañe nuevo sobresalto.
Apenas hemos visto el estrangero
volver feliz en tan pequeño espacio,
y dar sin duda à mi adorado padre
la libertad que le quitó el Tyrano,
quando, aun sin verle, sin lograr el gusto
de complacernos, de que ya sus manos
al favor de un auxîlio generoso
llegaron à romper indignos lazos;
nos presenta este susto, este alboroto,
nuevas ideas de mayor cuidado.
Mas un Soldado llega: ázia aqui viene

VARCAY.

¿Qué podrá ser? ¿ya asaltan el palacio?
¿ya ni huir es posible? ¡ò dura suerte!

ESCENA VIII.

VARCAY, CUJI, un SOLDADO Perúano.

SOLDADO.

¡Qué confusion! ¡qué horror! ¡quién à mirarlo
se atreverá sereno! Huid, Señoras.
Ya el Imperio del Cuzco se ha acabado;
ya no tiene el Perú quien le domíne;
entre la confusion... ¡ò, Sol, qué espanto!

de

de un alboroto que al principio tuvo
motivo bien pequeño, hechos pedazos
he visto los mas nobles Capitanes.
Ya ha muerto Chalcuchima: atravesado
queda Quizquiz de mil agudas flechas:
y por fin de esta pena voló un dardo,
voló un dardo cruel, mal dirigido
infelizmente por robusta mano,
y al Inca pasó el pecho.

VARCAY.

¡O, Sol! ¿qué dices?

SOLDADO.

Yo le he visto en su sangre revolcado
dar el último aliento.

VARCAY.

¿A quién has visto?

CUJI.

¿A quién dixiste?

SOLDADO.

Al Inca, al Soberano,
al dueño del Perú.

VARCAY.

¡Cielos, qué escucho!
fiel vaticinio fue mi sobresalto.
¿Tú le conoces? ¿tú le has visto? cómo...

SOLDADO.

Yo le he visto: no lejos de su lado
me cogió el duro lance: yo à Atahualpa

conozco bien: no puede haber engaño:
la roja borla que adornó su frente
no dexaba motivo de dudarlo.

VARCAY.

¿Cómo? ¿Quién? Atahualpa...

SOLDADO.

Sí, Atahualpa;
pero la confusion se vá acercando:
el huir es forzoso.

ESCENA IX.

VARCAY, CUJI.

VARCAY.

¿Lo has oido?
¡qué confuso tropel de afectos varios!
¿si será esto verdad? si nuestra dicha...
Vamos, amada hija, vamos, vamos...
mas el Español vuelve.

ESCENA X.

VARCAY, CUJI, PIZARRO, Soldados Españoles.

PIZARRO.

¡Infeliz suerte!

lás-

lástima me causó; mas remediarlo
no fue posible ya.

VARCAY.

¿Murió Atahualpa?

PIZARRO.

Sí, Señora, murió.

CUJI.

Ya respiramos.

VARCAY.

Mi noble corazon se compadece
de su suerte infeliz, que en este caso
solo se me presenta su desdicha,
porque ya se olvidaron mis agravios;
mas pues ya sucedió, pues quiso el Cielo
dar para mi ventura el postrer paso,
castigando tan justo, à quien yo hubiera,
si me viese en el trono, perdonado;
generoso Español, à quien le debo
la vida de un esposo que idolatro,
vamos à darle tan alegre nueva,
porque fuera agraviarle el dilatarlo.
Vamos, Señor.

PIZARRO.

Señora...

VARCAY.

De este Imperio
será dueño otra vez; y si en su mano
está el premiar ¿qué premio podrá darle

à quien lo debe todo? Asegurado
podeis estár, que partirá no solo
sus bienes, sus riquezas; sino el mándo,
poder y autoridad, con quien ha sido
su amparo generoso. Señor, vamos.
Vamos; no dilatemos este gusto
à mi adorado esposo.

PIZARRO.

¡Duro caso!
Señora.. hablar no puedo.. yo quisiera
deciros que la suerte...

VARCAY.

¿Qué embarazo
halla vuestra expresion? decid, ¿qué es esto?

ESCENA ULTIMA.

VARCAY, CUJI, PIZARRO, ALMAGRO, Soldados Españoles.

ALMAGRO.

Ya queda el alboroto sosegado.
Ya el matador de Huáscar.. mas, Señora..

VARCAY.

¡O, Sol, qué escucho! ¡Qué funesto rayo
me dispara esa voz! ¿mi esposo ha muerto?

CUJI.

¡Ay de mí! ¿ya murió mi padre amado?

ALMAGRO.

Señora, nuestro auxîlio llegó tarde:
la providencia retardó mis pasos,
y la malicia apresuró el impulso:
no puede prevenir el juicio humano
los decretos Divinos.

VARCAY.

¡O lisonja
de una esperanza falsa! ¿por qué has dado
señas de algun contento, para hacerme
el golpe mas terrible? ¡ò dulce hermano!
¡ò amado esposo mio!

CUJI.

¡O padre mio!
perdí todo mi bien, mi amor, mi amparo.

VARCAY.

Astros que iluminais la azul esfera,
¿cómo fuisteis testigos del estrago
de un innocente pecho? Horribles fieras
que ensangrentasteis las cobardes manos
en aquel infeliz, llegad, matadme:
saciad en mí la furia: aun ha quedado
objeto à vuestras iras: yo reservo
su corazon: hacedle mil pedazos.
¡Ay Huáscar! ¿tú acabaste, y Varcay vive?
¿cómo es posible? ¿cómo?.

CUJI.

Padre amado,

¿à

¿à dónde iré sin tí? ¿quién será ahora
amparo mio?

PIZARRO.

Moderad el llanto,
aunque la causa es justa. Aquel que rige
el mundo con imperio soberano
lo ha permitido: venerar es fuerza
su divino decreto: mientras tanto
contad con mi persona. El Rey mi dueño,
à quien ilustra espíritu tan alto,
desea que yo os sirva, y que os mantenga
con el mismo decoro, y noble estado
en que nacisteis.

VARCAY.

Ya nada apetezco:
sin Huáscar toda gloria es triunfo vano.
¡O dulce esposo mio! No es posible
que sobreviva à tan villano agravio.
¡El Inca mas amable, el Rey mas justo
de quantos este Imperio han dominado,
y el unico que muere alevemente
con muerte desastrada! ¡El Soberano,
el dueño del Perú en su mismo Imperio
impune y atrozmente asesinado,
sin hallar un vasallo que le asista,
es la irrision, la mofa y el escarnio
de sus vasallos mismos! ¡no halla alguno
à quien pedir socorro en dolor tanto!

¡Su

¡Su esposa triste, su infelice hija,
no tienen otras armas que su llanto
para impedir su muerte! ¡ò dolor sumo!
¿cómo será posible tolerarlo?
El aliento me falta: yo fallezco:
el corazon con desiguales saltos
busca puerta en el pecho.

CUJI.

!Ay madre mia,
mi único consuelo!

VARCAY.

Cuji, vamos,
vamos del Sol al templo, muera al menos
donde vea de Huáscar un retrato.

PIZARRO.

A lástima conmueve. Almagro, amigo,
vamos à socorrerla; y entre tanto,
pues la fortuna brinda, el valor siga
su noble impulso. Al Cuzco dirijamos
nuestra mira, que espero sea España
señora de este Imperio dilatado.

FIN.



